

CAPÍTULOS GRATUITOS

Placeres violentos

Nerea Vara

PRÓLOGO

HELL

—Ven aquí, chaval —pide con voz severa. Lanzo una mirada de reojo al que se hace llamar mi padre.

—¿Qué? —respondo sin ninguna gana mientras me acerco a él arrastrando los pies, nada bueno puede salir de su boca.

—Como me entere, de que vuelves a poner un pie cerca de ese antro, me olvidaré de que eres mi hijo. ¿Me has entendido? —Me señala con el cargador del arma en el que está introduciendo las balas.

—No me sueltes sermones, anda. A estas alturas no vas a venir a decirme dónde puedo y no puedo ir.

—Quedas avisado. Y lo mismo vale para ti —añade y mira a Nathan—. Decidme si lo habéis entendido o no. —Levanta el dedo hacia nosotros.

—Sí, señor —responde mi hermano.

—Hell —insiste, clavando los ojos en mí.

—Que sí. ¿Puedo irme ya? Tengo mucho que hacer.

—No.

—¿Qué pasa ahora?

—Vete a buscar a tu hermana —ordena con su particular voz autoritaria—. Le he dicho que viniera antes de las once, pero como siempre, no me ha hecho ni puto caso. —Echa un vistazo al reloj de su muñeca.

—No soy su niñera. —Chasqueo la lengua sabiendo que por mucho que me queje, no va a ceder—. Manda a Casper.

—Casper está ocupándose de asuntos importantes. No me desobedezcas, chico. Vete ya. Y tú. —Mi hermano se detiene antes de salir por la puerta—. Ve con él.

—Yo paso, he quedado —contesta Nate dándole otro trago a su copa de *whisky*.

—Pues lo anulas. ¡Id a buscar a vuestra jodida hermana ya!
—exclama dando un golpe en la mesa de su despacho.

Cuando V dice algo, no hay Dios en el cielo, ni demonio en el infierno, que le haga cambiar de opinión. ¿Por qué no me marchó de casa? Sencillo, por dos razones: La primera, somos una familia y la familia es sagrada. No se la abandona, no se le falla y no se le traiciona. Tres valores que mi padre ha inculcado en mis hermanos y en mí: lealtad, compromiso y seguridad. ¿Y la segunda razón? Bueno, demasiada gente me quiere bajo tierra como para arriesgarme a que la muerte me alcance una vez más. Digamos que me la tiene jurada y se las va cobrando con cada balazo que digiero.

—Pon el manos libres —pido a mi hermano cuando ya estamos en el coche y marca el número de Sasha.

—¿Qué quieres? —La reina de la mansión responde al cuarto tono.

—Sal cagando hostias de ahí y espérame en la puerta —hablo con voz calmada.

—No me jodas, Hell. Vamos a ver una película, después voy para casa. —Por el tono de su voz percibo que no está dispuesta a ponérmelo fácil.

—No me jodas tú a mí. Si cuando llegue no estás fuera, entro y les grabo mi nombre en sus malditas cabezas. Sobre todo a tu novio.

—No te soporto. —Resopla con rabia—. Ya voy.

—Va a estar inaguantable, joder. —Mi hermano sube el volumen de la música.

—Ya lo sé. Ojalá no haya salido cuando lleguemos, así puedo entrar y romperle la cara a ese pijo. —Los dos reímos mientras piso el acelerador de mi 4x4.

HOPE

—Puede empezar —comunico al cura.

—¿No va a venir nadie más?

Me permito observar un momento alrededor, donde no hay nadie a excepción de los trabajadores del lugar.

—No —respondo con resignación.

Observo como dos hombres echan tierra sobre la tumba de mi abuela mientras el cura da su sermón. El día no podría estar más gris y parece que se ha sincronizado con mi estado de ánimo para no dejarme levantar cabeza. Las lágrimas apenas me dejan vislumbrar cuando el último resquicio de ataúd marrón que está a la vista antes de que la tierra lo cubra por completo. Antes de que mi abuela quede sepultada para toda la eternidad.

Sola. Así es como me he quedado. Sola y con noventa pavos en la cartera. Bueno, en el bolsillo trasero de mis vaqueros, que

son los únicos que me quedan. ¿Qué se supone que voy a hacer ahora?

Katherine Hope Kerrington. Esa soy yo. Al menos eso decía en mi partida de nacimiento, aunque no me extrañaría que fuera falsa. Como todo en mi vida. Lo único verdadero que me quedaba era mi abuela y la he perdido. ¿Es una casualidad que a ella le diera un ataque al corazón justo dos días después de que nuestra casa se quemase en un incendio? Agradezco al cielo que al menos ella no sufriera.

¿Pero ahora qué? Es la pregunta que llevo haciéndome los tres últimos días que llevo durmiendo en la calle. ¿Merece la pena seguir viviendo? No lo sé, lo cierto es que, no hay nada que me motive. Nada que me incentive o me dé ganas de seguir viva. Los últimos cinco años los he pasado cuidando de ella y malviviendo con la pensión que le daban. Ahora ya no me queda absolutamente nada. ¿Por qué no trabajo? Bueno, no terminé el instituto y me piden el graduado para cualquier cosa, así que estoy más que jodida.

—Chica. Eh, oye —dice una morena—. Te hablo a ti. ¿Qué haces ahí tirada?

—Yo... —Miro a mi alrededor, viendo los cartones sobre los que me encuentro sentada—. Bueno, me he quedado en la calle y no sé...

—Levántate —interrumpe tendiéndome la mano—. Me llamo Bárbara. ¿Tienes nombre? —pregunta al ver que no hablo.

—Perdona, me llamo Hope.

—Hope. Eso es lo que nos hace falta a todos en estos tiempos... esperanza.

—A mí no me queda mucha —confieso con la mirada clavada en el suelo.

—Eso está a punto de cambiar. —Me guiña un ojo y entrelaza su brazo con el mío.

I

HELL

Me aproximo hasta la casa de ese pijo retrasado mientras termino de fumarme el segundo cigarrillo. Nate teclea algo en su teléfono, supongo que diciéndole a sus colegas que V ha vuelto a joderle la salida. No es la primera vez que nos toca ir a buscar a nuestra hermana, suele escaparse con facilidad...

—Llámalas. —Aparco el vehículo al otro lado de la calle, enfrente de la casa de su novio.

—Joder, ¿por qué yo? —rechista saliendo del coche.

—Porque si la llamo yo y no sale, vamos a tener problemas. —Le doy un trago a la botella de agua que llevo en la guantera y me apoyo en el capó, sacando otro cigarro más—. Vamos, ¿a qué esperas? —murmuro con él en los labios.

Mi hermano resopla y obedece. Se aleja unos metros, observo cómo gesticula y mueve los brazos, seguramente porque Sas se niega a obedecer. Vuelve a los pocos segundos con el móvil en la mano y una ceja arqueada.

—Dice que te pueden dar por el culo. —Sonríe ante tal confesión y él hace lo mismo. Cruzamos la calle hasta la casa de millonetis y toco el timbre con tranquilidad.

—Papá nos matará por esto —comenta Nate sonriendo de lado.

La puerta se abre y es una chica la que nos recibe. No tendrá más años que mi hermana, pero es muy guapa. Aunque no más que Sasha, eso es imposible.

En mis veinticuatro años he visto muchas mujeres, pero muchas. Tantas como no podéis imaginar. ¿El motivo? Las redes de prostitución de mi padre. Sí, no estoy de broma.

Vladimir Ivankov. Os contaré su historia...

V es el menor de cinco hermanos, todos muertos ya. Se crio en Rizhsky, Moscú, a manos del hombre más poderoso del que podáis haber oído hablar, mi abuelo. No os diré su nombre, puesto que no viene al caso y también está muerto. V creció rodeado de putas, camellos, asesinos y drogadictos. Mi abuelo tenía tanto dinero que no era capaz de contarlo. Pero ¿sabéis qué? Mi padre tiene aún más. Cuando el viejo murió, V pasó a encargarse de absolutamente todos sus negocios, que incluyen el tráfico de personas, blanqueo de dinero, extorsión, secuestro y prostitución, entre otros. En pocas palabras, se convirtió en el jefe de los jefes. ¿Y eso qué significa? Enemigos. Muchos enemigos.

Por si eso fuera poco, V tenía diecisiete años por aquel entonces, y un hijo, yo. ¿Y qué fue de tu madre? Os estaréis preguntando. Bueno, ella murió de un tiro en la cabeza cuando yo tenía dos años. Ese fue el momento en el que mi padre se transformó. Ese fue el momento en el que Vladimir Ivankov pasó de ser un niño bañado en dinero y con negocios a los que no sabía cómo hacer frente, a ser un chaval ciego de ira y odio. Ciego de rencor y con la clara idea de acabar con toda la familia que mató a mamá. Y lo hizo. Cuando acabó con ellos, decidió que ya era hora de dar un paso más y expandirse, así que nos mudamos al Bronx.

Casper vino con nosotros. Él es su segundo, su mano derecha. Él es un fantasma. Tan pronto está y parece un tipo amigable, como te ha pegado un tiro sin que te des cuenta, y ha desaparecido.

A los dos años de llegar, y con toda la ciudad de Nueva York temiéndole con apenas diecinueve años, conoció a Beatrice. Una muchacha caprichosa, pero con una hermosura increíble. A los dos meses se habían casado y a los cuatro estaba embarazada de mellizos. Así fue como Nathan y Natasha Aleksandra llegaron a mi vida, pero la segunda odia su nombre, así que la llamamos Sasha. Tiene veinte años, pero no os dejéis engañar por su carita de niña buena y de no haber roto un plato en su vida. Bueno, platos no sé si habrá roto alguno, pero narices y corazones, a puñados. Es incluso más preciosa que su madre y tiene más carácter que su padre, así que podéis imaginaros lo caprichosa y cabezota que puede llegar a ser.

En cuanto a Nate, es una copia de mí, solo que cuatro años más joven. Es valiente, seguro de sí mismo y no le teme a nada. Hace un año que le dispararon por primera vez, en el club al que V nos tiene prohibido ir. Ni si quiera pestañeó. Subió al coche, cogió el alcohol y las vendas que siempre llevo en la guantera, y él mismo se sacó la bala de la pierna. *Creo que ya va siendo hora de que me des una puta pistola*, fue lo que dijo después de darle un trago a la botella que le pasé.

Aquí comenzó todo. Pero tenemos mucho tiempo, así que os lo iré contando poco a poco.

—Hola, preciosa. ¿Cómo te llamas? —Nathan habla con la chica de la puerta, dibujando su sonrisa más seductora.

—Natalie. Y no te esfuerces, tus encantos no me impresionan
—responde ella impidiéndonos el paso.

—Entonces dejémonos de gilipolleces —digo apartándola sin cuidado—. ¡Sasha!

—¡Dios! ¿¡Qué coño queréis!?! —Aparece en el recibidor con su novio por detrás.

—A ti, en el coche, ya —pronuncio cada palabra con seriedad, sin ningún atisbo de estar aquí por elección.

—Yo la llevo después —dice el novio con chulería. Gran error el que acaba de cometer millonetas.

Camino hasta su novio, pero mi hermana se coloca en medio y mirándome con enfado coloca las manos en mi pecho.

—¡Nathan! —grita empujándome hacia atrás— ¡Joder, ayúdame a convencerle! —le lloriquea sin moverse.

—Métete en el puto coche, Sas. Papá me ha jodido la noche por tener que venir a buscarte, así que no me toques los huevos. —Sonríe ante la respuesta de mi hermano y le guiña un ojo al novio de ella, que parece debatirse en su interior entre enfrentarse a mí o salir corriendo.

—Os vais a arrepentir de esto los dos, esta no se me olvida —gruñe antes de darse la vuelta—. Dadme un minuto, ahora salgo —dice sin mirarnos.

—¿Tengo cara de darte un minuto? —le pregunto sin alterarme.

—¡Agh! —Agita las manos y le da un beso rápido al idiota antes de salir apresuradamente de la casa.

Nathan y yo permanecemos un par de segundos más dentro, asegurándonos de que ni el pijo, ni sus amigos, se les ocurre hacer nada para impedir que Sasha venga con nosotros. Pero ni siquiera se mueven. Nos damos la vuelta y cruzamos la calle de forma relajada, observando cómo Sas monta en los asientos traseros del 4x4 y cierra la puerta con fuerza. Nate y yo nos quedamos fuera para terminar el cigarro y molestarla, uno de nuestros pasatiempos favoritos.

—¿¡Para eso me hacéis salir tan pronto!? —exclama bajando la ventanilla trasera.

—Te lo dije. —Nate ríe y niega con la cabeza.

—Ya vamos, no te alteres o se te caerá el pelo. —Finjo angustia y doy un par de caladas rápidas antes de entrar al coche.

—Que te jodan.

—Esto no habría pasado si a las once en punto hubieras estado en casa, como te dijo papá. —Nate se gira y la observa con diversión.

—¡Porque me parece injusto que yo tenga que estar en casa a la hora que tú te marchas!

—La vida es injusta —le digo yo sin apartar la vista de la carretera.

—Mamá me dijo...

—Mamá no manda una mierda. —Se apresura a interrumpirla su mellizo—. Así que no te esfuerces.

Grita de frustración y se deja caer en el asiento trasero, apoyando sus tacones de aguja en mi reposabrazos. Sabe que odio que haga eso.

—Quita los pies de ahí —le ordeno. Ella me desafía con la mirada por el espejo retrovisor, pero no tarda ni cinco segundos en obedecer—. ¿No habías dejado a ese pijo? —le pregunto buscando su mirada.

—Me ha regalado esto y no he podido rechazarlo. —Se inclina y mete la mano con satisfacción entre los dos asientos delanteros para que lo veamos.

—¿Cuántos quilates tiene? —pregunta Nate mientras sujeta su mano para observar el anillo.

—Los suficientes para que le aguante un mes más. —Ríe ella.

Nathan y yo nos unimos a su risa mientras mi coche avanza por la autopista a gran velocidad.

Quiero a mi hermana más que a nada en este mundo, a la par que a su mellizo, pero si fuera solo una mujer más en mi vida, desde luego la alejaría de mí lo máximo posible. Es adorablemente manipuladora y peligrosa. Lucifer en su versión femenina.

Cuando llegamos a nuestra propiedad en el Bronx, Boyd nos abre las puertas metálicas exteriores para poder entrar. Le saludo con la cabeza y avanzo con el coche hasta la interior, de la cual se encarga George. ¿Os parecen demasiado dos puertas? Me reiría, pero no tiene gracia.

En cuanto aparco junto al BMW que me compré la semana pasada, Sasha se baja y camina hasta la esquina del edificio granate, agachándose cuando pasa por delante de las ventanas del despacho de su padre.

—Cuando te caigas y te desfigures la cara, no me vengas a llorar para que te lleve a que te hagan la cirugía —señalo observando cómo trepa con agilidad por la fachada.

Ignorando que lleva unos tacones tan altos como el Everest, coloca un pie en la ventana de la trastienda, se impulsa y coloca el otro en la rama del árbol que ella misma ordenó plantar. Pega un salto y sube una pierna para sujetarse del saliente del tejado al que da la ventana de su habitación. Cuando ya está arriba, se gira hacia nosotros sonriendo, nos muestra con elegancia el dedo del medio y entra a su cuarto por la ventana que, muy convenientemente, había dejado abierta.

Mi hermano y yo entramos por la puerta principal. Dejo mi cazadora colgada del perchero y voy hacia el despacho de V, a ver si es posible que de una maldita vez me deje en paz por hoy.

—Ya está en su habitación, yo me marchó —le digo aprovechando que está hablando por teléfono.

—Espera —pide a la persona con la que está hablando—. ¿Dónde vas?

—Ya te he dicho que tenía cosas que hacer.

—Yo también me voy. —Nate asoma la cabeza.

—Mañana a las ocho os necesito a los dos. —Su mirada nos advierte que no está de broma y que no podemos faltar a la cita.

—Espero que sea a las ocho de la tarde —respondo riendo, pero vuelvo a ponerme serio cuando mi padre me mira de forma severa—. A las ocho, vale.

—Hell —me llama cuando voy a marcharme. Le miro—. No te lleves el BMW, aún hay que blindarlo.

—Vale.

HOPE

La tal Bárbara me lleva por las calles abarrotadas de mendigos, prostitutas y drogadictos. Me aferro a su brazo con fuerza cuando giramos en un callejón y no puedo evitar mirar hacia atrás, sintiendo que alguien nos está siguiendo. Cielos, ¿a dónde me lleva esta mujer? Y lo peor, ¿cómo se me ha ocurrido irme con alguien a quien acabo de conocer? ¿Y si es una asesina en serie? Si me mata y me tira en un contenedor, no habrá nadie que reclame mi cadáver.

Qué afortunada soy, ¿verdad?

—Tranquila, me conozco esto de sobra. Vivo aquí —dice al notar mi nerviosismo.

—¿Dónde?

Señala con el dedo un local a unos cincuenta metros. Tiene luces rojas y un portero enorme en la puerta. Freno en seco cuando leo el cartel: «La Diva», acompañado del dibujo con líneas de neón rosas de una mujer desnuda.

—Vamos, no te detengas, ya llego tarde. —Bárbara coge mi mano y tira de ella.

—Oye, yo... lo siento, pero no creo que este sea mi ambiente —le indico cuando llegamos a la puerta.

—Viene conmigo —le dice al portero, ignorando mis palabras.

El tipo me mira de arriba abajo y se hace a un lado, invitándome a entrar. Bárbara no me suelta la mano en ningún momento, guiándome entre las mesas y los hombres que llenan el local. Pasamos entre unas cortinas mugrosas y entramos en lo que parece ser un camerino. Aunque a mí se me antoja más como una sucia cárcel turca, de esas que salían en los programas de cárceles que solía ver con la abuela.

—Te explicaré cómo funciona esto, Hope. —Se quita el abrigo y comienza a desnudarse frente a mí, y frente a las otras diez chicas que hay aquí dentro.

—¿Es la nueva? —se interesa una pelirroja mientras me mira igual que el portero y masca chicle como si no hubiera un mañana.

—Te lo diré en un minuto —responde mirándome—. Cómo habrás podido comprobar, esto es un club de *striptease*. Los hombres pagan por ver a chicas bailando y desnudándose. Necesitamos a una nueva, así que tú decides. —Las demás se acercan y guardan silencio para esperar mi respuesta.

Madre mía, ¿en serio esto es lo mejor que puedo esperar de mi vida a partir de ahora? ¿Quitarme la ropa frente a hombres sedientos de carne? La respiración se me atasca en la garganta cuando veo cómo una chica abre otra puerta y se une a nosotras, camina hasta un fregadero y se limpia lo que parece ser semen de la mano. Aparto rápidamente la mirada cuando ella se percata, y reprimo una arcada para no ofenderla. No conozco la historia de ninguna de ellas y tampoco soy quién para juzgarlas.

—Bárbara, te lo agradezco, pero es que yo nunca...

—¿Tienes algo mejor? —me interrumpe una de ellas.

—¿Qué?

—Que si tienes algo mejor. Si es así, vete. Si no, esto no está tan mal cuando te acostumbras. —Se encoge de hombros.

Las miro a todas, preguntándome qué les habrá llevado a esto.

¿Y a ti? Me pregunta mi conciencia. Y tiene razón, lo cierto es que es esto o la calle.

—¿Solo bailar y desnudarme? —Tras ver la mano de la que acaba de llegar, no estoy muy segura de que esto solo sea un club de *striptease*.

—Nena. —Llama mi atención la mascadora de chicle—. Puedes hacer lo que quieras. Habrá hombres que te ofrezcan dinero a cambio de tu cuerpo. Y bueno, mírate. —Me señala de arriba abajo—. Eres un caramelito. Me atrevería a asegurar que hasta eres virgen.

—¿Lo eres? —Bárbara levanta la mirada de las botas que se estaba colocando.

—No, pero tampoco tengo mucha experiencia —admito—. Si acepto, solo bailaré y... me desnudaré. Pero nada más. No quiero que nadie me toque.

—Bueno, eso no...

—De acuerdo. —Bárbara interrumpe a una morena y le dirige una mirada que no acabo de comprender—. Ponte esto.

Cojo el conjunto de lencería que me da y suspiro antes de empezar a quitarme la ropa. Por un momento se me ocurre buscar un lugar en el que cambiarme, pero de inmediato me doy cuenta de lo gilipollas que parezco al ver que todas se están desnudando unas frente a las otras.

Mientras me cambio, me explica que dormiré con ella en uno de los apartamentos que hay encima del propio local. Al parecer, conoceré al jefe de todo esto más tarde, aunque no tengo ninguna gana.

—¿Ves a esos rusos? —pregunta señalando a un grupo de hombres que se encuentran sentados en unos sillones vip.

—Los veo.

—Ellos son tu prioridad esta noche. Vienen dispuestos a gastarse mucho dinero y les gusta la belleza... virgen, por así decirlo.

—Ya te he dicho que no soy virgen.

—Pero lo pareces. —La miro arqueando una ceja—. Lo siento, pero es así. Así que asegúrate de acercarte a ellos más que al resto. Que se sientan especiales. Haz lo que te digo y podrás llenar tu armario en un par de noches. —Bárbara me dedica una sonrisa traviesa y me doy cuenta de lo cómoda que se siente en este ambiente.

Me lleva a preguntarme si yo podré ser como ella dentro de unos meses.

—Está bien. —Suspiro y los miro de nuevo—. Haré lo que pueda.

—Más —solicita sujetando mi muñeca.

—¿Eh?

—Más de lo que puedas.

—De-de acuerdo. —Su mirada me intimida y por un momento solo tengo ganas de salir corriendo de este lugar, hacerme un ovillo en cualquier banco de la calle y llorar hasta quedarme dormida.

—Venga, te toca salir en treinta segundos. ¿Estás lista?

—Asiento poco convencida—. Tómame esto.

—Nunca he tomado drogas.

—Oye, no te daría nada que no fuera a ayudarte, ¿vale? Tú solo tómatelo.

—Joder. —Tomo el vasito de plástico parecido al de los jarabes, y me bebo el líquido de su interior. Sabe muy extraño para mí, algo que no sé cómo describir. Ácido.

—Va, nena, ¿lista? —pregunta cuando me acompaña hasta el borde del escenario. Asiento—. Pues venga, demuestra lo que vales.

¿Esto es lo que valgo? Si me abuela me viera...

Camino por la pasarela iluminada y trato de no caerme con estos tacones. Frunzo el ceño y sin querer levanto la mano debido a las cegadoras luces que no me dejan ver con claridad. Avanzo hasta la barra del centro y comienzo a notar los efectos de lo que sea que me he tragado. Me sujeto a ella y doy una vuelta, dejándome caer y balanceándome. Sigo las indicaciones de Bárbara y miro a los rusos. Son cinco. Tres de ellos hablan mientras me miran, uno está tecleando algo en su teléfono y el quinto... El quinto tiene los ojos clavados en mí como un animal. Una leve sonrisa se forma en sus labios cuando nuestros ojos conectan. Sonrío.

¿Por qué demonios sonrías?

No lo sé, es esa maldita droga.

Meneo el cuerpo de un lado para otro, a medida que la canción avanza y mi organismo asimila los efectos. Ahora mismo nada me importa, siento que lo que estoy haciendo es lo correcto, que debo estar en este lugar. Me veo a mí misma arrodillada y gateando hacia ese hombre, el cual se inclina y me hace un gesto para que me acerque más. Saca un billete del bolsillo de su camisa y lo mete entre mis tetas, en el sujetador. Me guiña un ojo y vuelve a su sitio. Poco después, otra chica que estaba en el camerino entra en la pasarela y me hace un gesto para que yo regrese. Murmura *buen trabajo* y sonrío cuando paso por su lado.

—¡Madre mía, Hope! —Bárbara me abraza cuando vuelvo junto al resto—. ¡Has estado increíble!

—Gracias —respondo con alivio aún mareada—, estaba muy nerviosa, pero esa cosa que me has dado funciona.

—De nada —dice con suficiencia.

—El ruso quiere a la nueva. —Un hombre con pinta de Charles Manson entra en la habitación con una sonrisa—. Bienvenida, ¿cómo te llamas?

—Hope.

—Hope, él es Jerry —intervienen Bárbara—. El jefe —añade esto último mirándome con cautela.

—Gracias, señor. —Fuerzo una sonrisa.

—¿Ha sido tu primera vez? —Baja las pocas escaleras que separan la zona del camerino del escenario, y se detiene frente a mí. Demasiado cerca para mi gusto.

—Sí.

—Pues lo has hecho muy bien. —Acaricia la piel de mi brazo con su mano derecha—. Tanto que el ruso quiere una audiencia privada, vamos.

—¿Qué? Yo no... —Miro a Bárbara.

—Jer, Hope solo está interesada en bailar. Yo iré con él.

—La quiere a ella —dice mirándonos a las dos.

—Lo siento. —Me armo de valor y elevo el mentón—. Pero no soy una prostituta.

Me sostiene la mirada unos segundos antes de responder. De pronto, suelta una carcajada y asiente, camina marcha atrás y sonrío con perversidad antes de marcharse.

—No te preocupes, te dije que no tendrías que hacer nada que no quisieras.

—Gracias.

De algún modo hace que me relaje un poco, pero esa última sonrisa del jefe no me ha gustado nada.

Las chicas siguen saliendo una detrás de otra, y al parecer, me toca a mí otra vez, pero no me siento preparada ahora que los efectos de la *magia* han pasado. Por eso acepto otro vasito cuando Bárbara me lo ofrece con una sonrisa antes de poner los pies en el escenario.

El ruso no me quita los ojos de encima, pero ahora parece enfadado. Le miro, pero no vuelvo a acercarme tanto como antes.

—¿Cuánto has sacado? —me pregunta la mascadora cuando el club cierra y estamos vistiéndonos para marcharnos.

—Dios —digo terminando de contarlo—, doscientos cuarenta pavos.

—Te lo dije. —Bárbara se acerca y palmea mi hombro con una sonrisa—. Vamos a tirar la basura y a dormir. Ha sido una noche larga.

Coge la bolsa llena de preservativos usados y demás sustancias que prefiero no saber, y nos despedimos del resto de las chicas. La tiramos en el contenedor del callejón, de camino al portal y hablamos sobre cómo me he sentido durante esta noche. No me gusta para nada esta mierda de sitio, parece que te vayan a atacar en cualquier momento.

—Hola, cariño. —El acento ruso hace que mi sangre se hiele al momento.

—Ho-hola. —Retrocedo para colocarme ligeramente detrás de Bárbara, como si ella pudiera protegerme.

—¿Qué te parece si damos una vuelta? —pregunta dando un paso hacia delante.

—Tal vez otro día. —Le sonrío ella respondiendo por mí.

—No hablaba contigo. —Su voz es firme—. Te lo diré de otra forma, o vienes conmigo por las buenas, o lo haces por las malas.

Sigue avanzando despacio, por un momento parece que nos han puesto el filtro de cámara lenta. Entonces, cuando casi lo tenemos encima, la escena da un giro inesperado.

—Pues será por las malas. —Sin esperarlo, Bárbara da una zancada y le pega una patada en la entrepierna—. ¡Corre!

HELL

—¿Dónde vas a ir? —pregunto a mi hermano mientras bajamos las escaleras de la mansión para subirnos a los coches.

—A Cielo, obviamente, es viernes. ¿Tú?

—También. Ya están todos allí, así que vamos juntos. —Le quito las llaves de la mano.

—No, tío, quiero llevarme la moto —se queja.

—Ni hablar. Los dos sabemos cómo te pones cuando bebes.

—No voy a beber.

—Hoy es la fiesta de los chupitos. —Alzo las cejas y le miro.

—Tú conduces. —Ambos reímos y nos subimos al vehículo. Quería llevarme el BMW, pero si no está blindado prefiero dejarlo en casa. Nunca se sabe lo que puede pasar, y más en nuestro caso. En nuestra familia.

Aparco donde siempre y cojo la cazadora vaquera del asiento trasero antes de bajar. Mi hermano saca su Glock 26 y me mira formando una línea con los labios.

—Al tobillo —sugiero abriendo la guantera y sacando dos fundas tobilleras—. La última vez ya me dijeron que por mucho que hagan la vista gorda con nosotros, mejor no correr riesgos.

—Vale, pero a ti no te cabe la tuya —indica mientras se la coloca.

—Voy a llevar la Ruger.

—Parece de juguete —se burla al verla—. Es enana, eh.

—Tú sí que eres enano. —Ambos reímos—. Tira, anda, tira.

Guardo la 9 mm en la guantera y me coloco la funda en el tobillo antes de salir. Cierro el coche y doblamos la esquina hacia Cielo, nuestro club preferido de toda la ciudad de Nueva York. La cola da la vuelta al edificio. Dos veces. Caminamos tranquilos bajo la mirada de muchas de las personas que hay, y que lo más seguro es que se estén preguntando a donde narices vamos y si tenemos intención de colarnos. Cuando llegamos a la puerta principal, sonrío al portero y choco su puño.

—Buenas noches, grandullón.

—¿Qué hay, Hell? —dice apartando la cinta roja para dejarnos pasar— Nate. —Choca la mano de mi hermano y palmea su hombro cuando entramos.

Varias personas se quejan y escuchamos sus reclamos desde fuera, pero eso solo hace que sonriamos por sentirnos poderosos. ¿Qué queréis que os diga? El poder es adictivo y nosotros somos Ivankov.

—¡Luego nos vemos! —Nathan me grita por el volumen de la música.

—¡Oye, cuidadito, eh! ¡No vuelvas a meterte en problemas!

—¡No, papá! —Asiento advirtiéndole con la mirada, y cada uno vamos en una dirección.

Subo las escaleras laterales y saludo al de seguridad que está vigilando que nadie se cuele en la zona vip. Se hace a un lado y deja que pase hacia mi reservado habitual. El principal.

—¡Me cago en la puta, macho, ya era hora! —Dave se quita a la rubia de encima y le hace un gesto para que le espere —¿Dónde coño estabas?

—He tenido que ir a buscar a Sasha. —Camino junto al resto de mis colegas y choco sus manos mientras me siento en medio.

—Babi ha estado buscándote. —dice Calvin llamando a un camarero, el cual me mira y asiente.

—¿Dónde está?

—Por ahí andará.

A los pocos segundos, me traen mi copa de Jack Daniels y otra ronda para el resto. Le doy dos tragos y acepto el rulo de plástico que me pasa Dave para inhalar la raya que ha colocado en la mesa. Lo sé, lo sé. Las drogas son malas y *bla, bla, bla*. No me deis la charla. Si tres disparos no han acabado conmigo, no lo hará la puta cocaína, no me jodáis.

—¿Qué tal el día? —Dave se recuesta en el sofá tras despedirse de Nadine, la chica con la que lleva un par de semanas.

—Bien, esta mañana tuve que ir a por la mercancía, ya sabes. V está empeñado en que Nate se implique más y quiere que me lo lleve, pero yo no le veo preparado.

—¿Por qué no?

—Es muy impulsivo, tío. Para este negocio hay que tener la cabeza fría, sobre todo a la hora de hacer la recogida. —Dave asiente y da un trago a su copa, Calvin se levanta y cuando intenta salir, le pongo la zancadilla, provocando que caiga encima de nosotros dos y los tres rompamos a reír.

—Serás borracho —le dice Dave.

—Cabrones, iba a hablar con esa bella dama. —Señala a una chica con la cabeza—. Que ahora, por vuestra jodida culpa, debe estar pensando que soy un torpe.

—Que no, bobo, verás. —Le hago una señal con la mano al portero de la zona vip, indicándole que deje pasar a esa chica y a su amiga—. Muy buenas, señoritas. —Le doy un codazo a Dave y Calvin para que se muevan en el sofá y las dejen sitio.

—Hola —nos saludan animadas—. ¿Cómo os llamáis? —nos pregunta la morena.

—Yo soy Hell, él Dave y este campeón de aquí es mi amigo Calvin. —Dave y yo reímos y decido que ya le he tomado el pelo de sobra por hoy—. Por desgracia, nosotros dos estamos comprometidos, así que vamos a dejaros a solar para que os conozcáis. Un placer conoceros.

Las chicas no parecen decepcionadas y la sonrisa de Calvin no puede ser mayor, así que cambiamos de sofá para dejarles espacio y seguir a lo nuestro.

Pasadas unas tres horas más o menos, veo a Babi hablando con otro de los tíos que controla la gente que entra en la zona vip. Ríen y ella coloca una mano en su hombro, acercándose mucho a él para decirle algo al oído.

—¿Tú has visto eso? —Codeo a Dave y los señalo con la cabeza.

—No le des importancia, ya sabes cómo es —dice arrugando la nariz.

—Me come la polla como sea, que después no venga lloriqueándome. —Cojo la copa y me la termino de un trago.

—¡Hell! —Elliot, el tercer amigo que conforma nuestro grupo de cuatro, está apoyado en la barra mirando hacia la pista de baile de abajo, y me llama para que me acerque.

—¿Qué pasa? —Me levanto para colocarme a su lado.

—Nate —dice sin mayor importancia—, dándose de hostias otra vez. —Señala hacia abajo.

—Maldito enano. ¡Eh! —Me inclino y le hago señales—. ¡Nate! ¡Nathan! —grito en vano. La música está exageradamente alta—. Voy para abajo.

—Vamos contigo —dice dándoles un toque a Dave y a Calvin, el cual ya hace rato que está besándose con las dos chicas que llegaron antes.

Pasamos junto al resto de personas del reservado y junto a Babi. Me sujeta de la mano con una sonrisa coqueta, pero la miro con indiferencia y continúo, ¿qué cojones se cree? Parece mentira que no me conozca ya.

Bajo las escaleras y empujo a la gente para abrirme paso. Me miran con ganas de romperme la cara, pero se les pasa cuando me reconocen.

—¡Eh! ¡Eh! —grito cogiendo a mi hermano del cuello—.
¡Basta!

—¡Suéltame!

Dave, Elliot y Calvin se encargan de sujetar al otro chico, a sus amigos y a los amigos de Nathan.

—¿¡Qué cojones te crees que haces!?! ¿¡Qué parte de «no vuelvas a meterte en problemas» no has entendido!?

—¡Déjame en paz! —Lo empujo hacia atrás obligándole a que camine para salir del club.

Intenta volver al centro de la pista para continuar la pelea, por lo que me veo obligado a sujetarle una vez más del cuello y girarle para pegar su espalda a mi pecho y forzarle a caminar hacia la puerta exterior.

—¡Me tienes hasta la polla! —exclamo cuando atravesamos la puerta para salir—. Tira para el coche.

—¿Ya te vas? —me pregunta Dave que viene tras nosotros.

—Sí. Mira la borrachera que lleva este subnormal —digo señalando a mi hermano, que ahora camina hacia el coche de lado a lado—. Además, me tengo que levantar en tres horas.

—Vale, ¿le digo algo a Babi? Porque sabes que va a venir a darme el coñazo.

—Solo dile que ella sabrá lo que hace, que si le come la oreja al portero, no me venga con historias después.

—*Okay*. —Choco la mano de mis amigos y sigo a Nate.

—La madre que te parió. —Rio cuando se golpea la cabeza al entrar en el asiento del copiloto.

—Agh, odio el tequila —replica frotándose el golpe y cerrando la puerta.

—La próxima vez dejas la pistola en el coche. Si no llego a sacarte de ahí, a saber lo que habrías hecho.

—Pues seguir dando puñetazos a ese gilipollas.

—¿Por qué ha sido esta vez? Olvídalo —digo cuando veo que va a comenzar a hablar—, me da igual, tú solo asegúrate de no vomitarme el coche.

Con el mayor sigilo posible, le ayudo a entrar en casa y a subir las escaleras hasta la segunda planta. En ese momento, la puerta de Sasha se abre y ella aparece con un minipijama frunciendo el ceño.

—Más ruido no podéis hacer, ¿verdad? —comenta apoyándose en la pared del pasillo antes de bostezar—. Madre mía.

—Junta las cejas y niega con la cabeza cuando ve el estado de su mellizo.

—¿Papá está en casa? —le pregunto, a lo que ella asiente y se acerca para sujetar a Nathan del otro brazo.

Entre los dos le tiramos en su cama, y Sasha coge la manta que hay a sus pies para tapanle y que no se resfríe cuando el alcohol desaparezca y toda la temperatura corporal le disminuya.

—Sácale la pistola del tobillo, para evitar que se dispare dormido —susurro mientras cojo un cubo de su baño y lo coloco en el suelo.

—Dejadme ya, pesados. —Se destapa y tira la manta.

—Te jodes —le fastidia mi hermana colocándose sobre él y haciéndole cosquillas con el pelo.

—¡Quita! —replica dando manotazos al aire.

Los dos nos reímos y le molestamos un poco más hasta que se enfada de verdad.

—¡Me cago en la hostia, largaos ya de mi puto cuarto! —grita tirándonos un cojín.

Se lo devolvemos y cerramos la puerta justo cuando lanza el cubo contra ella.

HOPE

Bárbara y yo avanzamos por el callejón a toda velocidad, su mano tira de la mía para que corra más deprisa, pero entonces escuchamos un silbido y una furgoneta aparece frente a nosotras. Un profundo sentimiento de miedo me invade cuando cuatro hombres se bajan de la parte trasera, sus rostros están al descubierto, no se preocupan porque les veamos el rostro, y eso solo puede significar que no van a darnos la oportunidad de delatarles. Piensan matarnos. ¿Pero por qué? ¿Qué narices he hecho yo? ¡Maldita sea!

—¡No!

—Deja de gritar. —Uno de ellos le pega un puñetazo a mi amiga, tan fuerte que la tira al suelo y cae inconsciente. Ahora sí que estoy perdida.

—¡Bárbara! ¡No! —Me revuelvo y pataleo, pero me levantan entre dos—. ¡Soltadme!

—Debiste venir conmigo cuando te lo pedí.

Giro la cabeza para comprobar que se trata del mismo hombre que estaba mirándome cuando bailaba, ese asqueroso que pidió acostarse conmigo.

Apenas me da tiempo a ver su rostro antes de ponerme una bolsa de tela negra en la cabeza. Trato de llevar las manos arriba para quitármela, pero es inútil, me tienen agarrada por las muñecas y las han atado con algo muy prieto. Tengo que reprimir un grito de dolor cuando me lanzan dentro de lo que debe de ser el vehículo en el que piensan matarme, secuestrarme o sabe Dios qué tengan en mente.

Conducen durante un buen rato, durante el cual los escucho hablar sobre temas que desconozco —y que espero haber entendido mal—, sobre cifras enormes de dinero, drogas y... La furgoneta se detiene con un frenazo brusco, provocando que caiga hacia un lado y unas fuertes manos me sostengan para colocarme de rodillas de nuevo. Siento que me mareo y que vomitaré en cualquier momento, pero entonces alguien abre la puerta corredera y una corriente de aire azota desde fuera. El olor es... como cuando ha caído una de esas tormentas de verano sobre el asfalto, ¿reconocéis ese olor? Apenas lo percibo entrando por debajo de la bolsa que tengo en la cabeza, pero me recuerda a aquellos veranos en los que mamá y papá me llevaban a Ponder, nuestro pueblo en Texas.

—Sacadla. —La voz del hombre responsable de todo esto me devuelve a la realidad.

—¿Dónde...? —Me doy cuenta de que estoy llorando cuando escucho mi voz aterrada—. ¿Qué vas a hacerme?

—Yo nada, ahora eres de él. —Su voz socarrona me hiela la sangre.

Me quita la bolsa de la cabeza sin previo aviso, y me veo obligada a cerrar los ojos y llevarme las manos a ellos para restregarlos cuando cortan la cuerda con la que me habían atado las manos. Me cuesta acostumbrarme a la luz de la mañana, no pueden ser más de las ocho o nueve, ya ha amanecido y no sé dónde estoy.

Un hombre de unos cuarenta años, rapado y con facciones muy duras está de pie a unos metros, mirándome. Escrutándome.

—¿Y esto? —pregunta señalándome. También es ruso, ese acento no es fácil de ocultar.

—Carne fresca. —Asiente el otro en mi dirección.

El rapado, que viste un traje elegante, zapatos incluidos, se acerca y gira a mi alrededor, me levanta el pelo para observar mis hombros y mi cuello, y hace un ruido con la boca que me produce asco en el acto. Levanta mis brazos y los gira, observando los antebrazos y muñecas, manos y uñas. A continuación, sujeta mi mandíbula con una mano y con los dedos de la otra me abre la boca y levanta mis labios para observarme los dientes.

—Me la quedo, arregla el precio con Casper —dice entonces, soltándome y dándome la espalda—. ¿Dónde están mis hijos? —añade mirando hacia la puerta del edificio que tiene detrás.

Dos chicos salen entonces de él, uno de ellos riendo y el otro con cara de estar pasándolo mal. Ambos son rubios, uno un poco más alto que el otro y se ve que es mayor.

—Hell, llévala arriba y explícale todo. —El rapado tira de mi brazo y me empuja contra el que supongo es su hijo. Nuestros ojos conectan un segundo cuando me abrazo a mí misma y le miro con puro terror, pero él enseguida retira la mirada y vuelve a endurecerla.

—Vamos —me dice haciéndose a un lado para que entre en el portal.

HELL

El despertador suena a las siete y media, solo hace dos horas que me dormí, pero las obligaciones y el negocio, son lo primero.

Bueno, no, lo primero es la familia, y V me necesita dentro de media hora, así que más me vale levantar el culo de la cama y darme una buena ducha para espabilarme.

Cuando me estoy secando con la toalla, aprieto el botón central del iPhone para comprobar la hora, viendo que Babi me acaba de mandar un mensaje:

Babi

¿Sigues de fiesta o ya estás en casa?

07:39 am

Yo

Me estoy preparando para ir con V,
¿qué pasa? ¿No te dijo Dave que me dejaras en paz?

07:42am

Babi

No seas así, Hell. ¿Vas a montarme ahora un
numerito de celos? No tenemos nada serio.

07:43 am

Yo

No tenemos nada.

07:44 am

Babi me conoce y sabe que la ha cagado conmigo. Es cierto, no tenemos nada serio, solo follamos de vez en cuando y me ayuda cuando necesito sus servicios como enfermera, no confío en nadie más, pero eso no quiere decir que vaya a permitir que me deje como un imbécil delante de todo el club. Todo el mundo me conoce, todo el mundo sabe que tenemos algo, lo que sea, pero algo. Si quiere tontear con otros, por mí perfecto, pero yo no seré su segundo plato. Jamás.

Desciendo las escaleras encontrándome con mi padre saliendo de su despacho, ya listo para marchar.

—¿Dónde cojones está tu hermano?

—No hace falta que venga, conmigo tienes suficiente —respondo tratando de convencer a V para que deje a Nate en casa.

—Dije a las ocho, los dos. —Me mira de forma severa mientras se enciende un puro—. Ese chico tiene que madurar y aprender de una puta vez. Si no está aquí en cinco minutos, subiré yo mismo a por él.

Asiento y me doy la vuelta para subir las escaleras otra vez, es mejor no hacerle esperar. Cruzo el pasillo y entro en la habitación de Nathan, contigua a la mía, y abro la ventana para ventilar porque aquí dentro huele a muerto de tres días.

—Enano, despierta. —Le doy un toque en el pie, pero no se mueve—. Nate, venga. —Sigue sin responder—. ¡Nathan!

—Lárgate —balbucea.

—Levántate, V nos quiere a los dos.

—Déjame en paz, estoy borracho todavía —murmura.

—¡Vamos! —Le destapo y hago que la luz del día le dé en la cara, apartándome de delante de la ventana.

—Dios, Hell, no grites —suplica metiendo la cabeza bajo la almohada.

—Si no estás abajo en cinco minutos, él subirá a sacarte de la cama. —De inmediato me mira y yo asiento para reafirmar lo que le he dicho.

—Joder, ¿en serio? —No me muevo—. Voy.

Me quedo donde estoy y observo divertido cómo se arrastra desde la cama hasta la ducha, se desnuda y abre el grifo del agua fría, soltando un pequeño gemido mientras da un puñetazo a la pared. Revuelve su pelo y no malgasta el tiempo en ponerse más que un poco de jabón antes de salir. Me mira entornando los ojos mientras se viste, y yo me carcajeo cuando se tropieza con la toalla del suelo y casi se cae. Se le revuelve el estómago y vuelvo a reír cuando una arcada le sube hasta la garganta y pone una mueca clara de ganas de vomitar.

—Cabrón —dice vistiéndose deprisa.

—Vamos, ponte cualquier cosa. —Le meto prisa y salgo antes que él, termina de abrocharse las deportivas y me sigue.

Estamos bajando las escaleras justo cuando V sale de su despacho, guarda su arma tras la americana y expulsa humo de su boca.

—¿Es que estás borracho? —pregunta a su hijo menor frunciendo el ceño.

—Que va —responde él intentando aparentar normalidad.

—Venga. —Camino delante de él y le doy un toque a mi padre en el hombro para que salga—. No perdamos más tiempo. Vladimir observa unos segundos más a Nate, esperando ver algún atisbo en su rostro para así poder replicarle e imponerle algún castigo, pero el enano aguanta el tipo como un campeón.

—Seguidnos. —Mi padre baja las escaleras de la mansión y monta en el asiento del copiloto, Casper conduce por él.

Nate sube en mi 4x4, cierra la puerta y se asegura de que Vya no le ve, suelta una bocanada de aire y apoya la cabeza en el reposacabezas mientras baja la ventanilla en cuanto enciende el motor. Yo le paso una botella de agua fresca que saco de la neverita del vehículo y se bebe la mitad de un trago.

—Joder, no vayas tan rápido —se queja tapándose la boca cuando saltamos un bache.

—Te juro por Dios que cómo me vomites el coche te dejo tirado en una cuneta.

Vladimir en un hombre misterioso, es parte de su encanto —al menos para algunas personas—. Una vez más, haciendo alusión a eso, no somos conscientes de a dónde vamos hasta que llegamos al lugar. El edificio que tenemos delante nos es familiar,

¿cómo no iba a serlo? La sede principal, como él la llama, el piso que tenemos para alojar a las nuevas chicas.

Mi hermano se queda sentado y con la cabeza apoyada en el respaldo, los ojos cerrados y el ceño fruncido. Yo salgo y me acerco a mi padre, evitando mirar a las ventanas del inmueble.

—Subid y aseguraos de que todo está en orden —ordena señalando hacia arriba.

Asiento sin contradecirle y voy hacia la puerta del copiloto de mi coche para abrirla.

—Vamos, quiere que subamos a verlas.

—No me gusta esto —recuerda negando con la cabeza mientras sale.

—Ni a mí, pero las ordenes son ordenes —señalo cerrando la puerta tras él.

Dejamos a nuestro padre hablando con un grupo de hombres, de socios, y nos encaminamos hacia el portal.

—¿Y si fuera Sasha? —pregunta Nathan mientras subimos las escaleras.

—Ni lo digas —le advierto con el dedo.

—Hell...

—Que te calles. —Resopla, pero no insiste.

Meto la llave número cinco en la puerta y abro.

Este es el apartamento de las nuevas. De las chicas que Vladimir Ivankov compra y obliga a prostituirse. Bueno, en realidad él no se ensucia las manos, todo esto lo lleva Jax, pero esta mañana ha ido a encargarse de otro de nuestros clubs donde al parecer anoche hubo problemas.

Lo primero que vemos al entrar es a tres chicas en el sofá del salón, llorando. En cuanto nos ven, se mueven a la parte más alejada del salón y nos miran con miedo.

—Tranquilas, no vamos a haceros nada —digo levantando las manos—. ¿Dónde están las demás? —Una de ellas señala el pasillo.

Le hago una señal con la cabeza a mi hermano para que vaya a mirar y yo me quedo donde estoy.

Pobres chicas. Me gustaría saber más de ellas, saber cómo han llegado a cruzarse con el cabrón que las vendió a V.

Pero no puedo, no debo.

Si supiera tan siquiera el nombre de alguna, sé que no podría con la culpa, con el cargo de conciencia. Su nombre daría vueltas alrededor de mi cabeza continuamente, me atormentaría cada noche.

—Están todas. —Nate aparece de nuevo y asiente.

—Vale. ¿Necesitáis algo? —les pregunto a las tres del salón.

—Por favor, deja que...

—Vámonos —indico a mi hermano cuando veo las intenciones de la más mayor.

No puedo con esto.

Cierro con llave y suspiro un segundo antes de girarme.

—Esto es una mierda —repito Nate chasqueando la lengua—. No está bien, Hell.

—Cállate. —Paso por su lado para volver abajo y no retomar la conversación que tenemos cada vez que venimos aquí, o sale a relucir el negocio que más odiamos de nuestra familia.

—Dios, cómo me duele la puta cabeza —se queja cuando llegamos al portal.

—Te jodes. —Río saliendo a la calle—. La próxima vez te lo piensas dos veces antes de tomarte... ¿Cuántos chupitos te tomaste?

Me va a responder cuando V se gira hacia nosotros y tras él veo a una chica pelirroja de no más de veinte años.

—Hell, llévala arriba y explícale todo. —La sujeta por el brazo y la lanza contra mi cuerpo.

Ella se abraza a sí misma y me mira con terror. Está acabada, destrozada y con los ojos cubiertos de lágrimas. Por un momento deseo sacar la pistola que llevo en el pantalón, disparar a todos los guardaespaldas de mi padre y dejarla escapar, pero no puedo.

La familia es lo primero. Lealtad.

Aparto mis ojos de los suyos y me hago a un lado para que pase.

—Vamos.

Nate se queda fuera y yo paso por delante de ella para subir las escaleras de nuevo, pero me giro cuando veo que se ha quedado quieta abajo.

—Sube —le ordeno con voz firme.

—Por favor, esto... esto ha sido un malentendido —balbucea uniendo las manos en un acto de súplica—. Yo no...

—No me hagas obligarte, te lo pido por favor —la interrumpo para que no siga hablando.

—Oye, no sé quién eres ni... —Se calla un segundo y coge aire—. Me llamo Hope.

II

HOPE

El chico cierra los ojos y suelta el aire despacio. Mueve los dedos, como si le cosquillearan, y niega con la cabeza.

—¿Por qué has tenido que decirme tu nombre? —Vuelve a abrirlos y me mira desde lo alto de las escaleras.

—Por favor, no me obligues a... lo que sea que vayas a obligarme. Solo quiero irme —ruego ignorando su pregunta.

—Sube —repite bajando los escalones hacia mí.

—Por favor... —Retrocedo hasta que mi cuerpo queda pegado a la pared.

Avanza y se detiene a un par de metros, me mira un segundo más y frunce el ceño, como si estuviera peleando consigo mismo. Entonces agarra mi muñeca y tira con fuerza hacia él, obligándome a caminar.

—¡No! —grito intentando soltarme mientras él me arrastra— ¡Por favor, déjame! ¡Yo no he hecho nada!

—No me lo pongas más difícil. —Su voz ronca me congela la sangre, pero no puedo rendirme ahora.

—Por favor. —Me adelanto a él e intento que me mire a los ojos—. Hell, te llamas Hell, ¿verdad? —Me observa un segundo, pero vuelve a tirar de mí—. Necesito tu ayuda, Hell. Mi abuela ha muerto y no tengo a nadie, he estado viviendo en la calle varios días hasta que anoche Bárbara me recogió y me ayudó. Tuve que bailar para esos rusos asquerosos y ese cabrón —mascullo entre dientes—, nos atacó en el callejón, y mi amiga...

—¡Cállate! —Se detiene en el rellano entre la primera y la segunda planta y me mira. Yo ni tan siquiera tiemblo por lo inesperado de su reacción, por el eco que su voz ha provocado en todo el edificio.

Sus ojos verdes parecen estar atravesándome mientras su mandíbula está a punto de reventar. El pecho le sube y le baja con rapidez y la presión en mi muñeca es cada vez más fuerte. Camina conmigo hasta arrinconarme en una pared y acerca su rostro mucho al mío.

—Me haces daño... —murmuro con miedo sin ser capaz de apartar la mirada de la suya.

—Por favor. —Pronuncia cada palabra despacio—. No hables más.

—Lo-lo siento. —Bajo la cabeza y dejo de resistirme.

¿Puede el rostro del infierno ser el más bello que he visto en mi vida?

HELL

Me cago en mi puta madre, que en paz descanse.

Me llamo Hope. Me – llamo – Hope.

¿¡Por qué, maldita sea!?! ¿¡Por qué ha tenido que decirme su nombre!?! Pero no le ha debido de parecer suficiente con eso por-

que me ha contado toda su puta vida. Y luego me pide perdón. Ella. ¡Perdón! Dios.

—Entra, por favor —le pido cuando abro la puerta número cinco.

—¿Qué hay ahí? —Se queda quieta en el descansillo.

—Es el apartamento donde traen a las nuevas —contesto de forma automática.

—¿Traen?

—Sí. Entra.

—¿Quién las trae, Hell? —De alguna forma, consigue que vuelva a mirarla.

—Jax. Deja de hacerme preguntas, ni siquiera debería estar hablando contigo. —Tomo su mano y hago que avance hasta el interior.

—O sea, que tú no te encargas de esto —continúa, sin reparar en las chicas que nos observan ya desde el salón.

—No.

—Entonces puedes ayudarme, por favor. —Vuelve a clavar esos ojos color caramelo en mí y siento que voy a explotar si no dejo de mirarlos. Pero no puedo—. Hell, tienes que sacarme de aquí.

Me obligo a mí mismo a retroceder y a desviar la mirada hacia otro lado. Cosa que no ayuda mucho porque lo que veo me produce náuseas. Una de las chicas sale del baño, con unas ojeras increíbles y vestida para... trabajar. De inmediato veo a Sasha en ella. Veo a mi hermana prostituyéndose y vendiendo su cuerpo a babosos e hijos de puta. A hombres que no valoran a una mujer como se merece. Que las tratan como objetos de usar y tirar. Y luego la veo a ella de pie frente a mí, aterrada e indefensa. A Hope.

—Lo-lo siento —tartamudeo por primera vez en mi vida—. Tengo que irme.

—No... —suplica sujetando mi mano—, por favor, no me dejes aquí.

—Lo siento mucho. —Sin volver a mirarla, atravieso la puerta y cierro tras de mí.

—¡Hell! —Se escucha a través de ella.

Me apoyo en la pared y cierro los ojos, pero entonces vuelve a llamarme y tengo la necesidad de salir corriendo de aquí. Bajo los escalones a toda velocidad y salgo a la calle.

—¿Todo bien? —me pregunta mi padre.

—¡No!

—¿Perdona? —Le miro y su expresión es como un mazazo que me hace volver a la realidad.

—Sí, todo bien. Nathan, nos vamos.

Mi hermano obedece a la primera. Es el que mejor me conoce, junto a Sasha. Sabe a la perfección cuando estoy bien, cuando estoy mal, cuando puede preguntar y cuando tiene que darme tiempo para que yo se lo cuente.

Acelero haciendo que las ruedas chirrien en el asfalto. Nate se agarra a su asiento, pero no abre la boca, y más le vale que la borrachera se le haya pasado ya.

Conduzco entre las casas y los edificios de ladrillo, sin mirar atrás. Sin preocuparme de que la policía me detenga o me ponga una multa. Hasta esos cabrones están comprados.

El sentimiento que tengo en mi corazón no lo había experimentado nunca antes. Es una sensación de vacío e impotencia. Ganas de salvar a esa chica, a la que no conozco de nada, y llevármela lejos. Decirle que no se preocupe y que todo saldrá bien, que no dejaré que el cabrón de mi padre la obligue a prostituirse.

Pero no puedo hacerlo, la familia es lo primero.

Llego a la mansión y me detengo afuera, antes de la primera puerta metálica, con la intención de dejar aquí a mi hermano y marcharme otro rato hasta que logre relajarme.

—Baja.

—No —dice mirándome.

—Baja.

—No —insiste decidido—. Vete donde quieras, pero iré contigo.

—Nathan, necesito que... —Cierro la boca y trago saliva.

Sin decir nada más, arranco de nuevo y conduzco por la ciudad, sin rumbo fijo. Tomo la autovía, cruzo el puente de Brooklyn y no me detengo hasta llegar a Manhattan. Entro con el coche en un *parking* y subo hasta la azotea, aparcando junto al borde del edificio. Mi hermano no ha abierto la boca en todo el trayecto, ni siquiera cuando he dado un golpe al volante y he dejado escapar la frustración con un grito.

Me bajo y me siento en el capó, observando la ciudad. Nate se coloca a mi lado y me ofrece un cigarro, el cual acepto y dejo que él me lo encienda.

—Se llama Hope.

—¿Quién? —pregunta confuso.

—La chica que he subido al apartamento.

—Ah. Bueno... su nombre no acompaña mucho a su situación —añade mirando a la ciudad, al igual que yo.

—Su abuela ha muerto y no tiene nada. Ni a nadie. Ha estado viviendo en la calle hasta anoche, que otra chica la recogió y le dio trabajo como *stripper*. El ruso la ha secuestrado y vendido a V. —Suelto todo esto sin ser capaz de mirarle a la cara. Solo siento vergüenza.

—Hell... —habla con cautela— eso es mucha información.

—Es demasiada. Me ha pedido que la sacara de ahí, que no la dejara sola. —Me levanto del capó y voy hasta la cornisa de la azotea, sacando las piernas para sentarme en ella.

—Joder.

—Me he largado y la he dejado ahí, Nate. La he condenado a una vida de prostitución, maltratos y mierda.

—Tú no has hecho nada de eso, hermano. —Sujeta mi cara con su mano y me obliga a mirarle—. Tú no.

—No lo he evitado, así que es lo mismo.

—¿Y qué podrías haber hecho? ¿Eh? Si la hubieses soltado y la hubieses dejado salir corriendo del portal, no habría recorrido ni veinte metros antes de que alguno de los rusos, o incluso V, le pegase un tiro en la cabeza.

—¿¡Crees que no lo sé!? —Me enervo dando un golpe a la repisa que me sostiene—. Maldita sea.

—Hell. —Mi hermano suspira y se sienta a mi lado—. Somos Ivankov. —Le miro—. Somos la mafia. Nuestro padre es el mafioso más importante y poderoso de toda la costa este. Hay cosas que podemos hacer y otras que no, otras que se escapan de nuestras manos. Y liberar a esa chica hoy, no estaba en tus manos. —Niego con la cabeza, nada convencido a pesar del recordatorio de mi hermano pequeño—. No, Hell —insiste—, es necesario que te creas estas palabras porque te conozco. No podrás seguir con tu vida con esa carga sobre tus hombros. —Asiento, pero solo es un acto automático para que me deje en paz y no se preocupe.

Permanecemos en ese lugar alrededor de dos horas. Sin hablar, solo fumando y observando los coches y la gente en las calles de Nueva York. No he podido parar de pensar en lo que Jax hará con ella en cuanto llegue. En lo que la obligará a hacer.

HOPE

Cuando soy capaz de aceptar que ni Hell ni nadie me salvará, decido serenarme y analizar la situación. Me giro y miro a las tres chicas que hay tras de mí, observándome con lástima.

—¿Cómo te llamas? —La que parece menos afectada, se acerca y trata de sonreírme.

—Hope.

—Hola, Hope, yo soy Megan y ellas son Kate y Grace. —Señala a las otras dos que se van acercando.

—Me gustaría decir que es un placer, pero yo no debería estar aquí. —Me acerco a las ventanas del salón para observar si puedo salir por alguna.

—No te esfuerces —comenta la tal Kate cuando se percata de lo que intento hacer.

—No pienso quedarme aquí. —Voy hacia las habitaciones y el resto de la casa.

No es pequeña, pero tampoco nada desmesurado. Hay tres dormitorios con varias camas, dos cuartos de baño y una cocina. Además del salón al que da la entrada principal del apartamento.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta otra cuando vuelvo.

—No lo sé. Necesito pensar —respondo secándome las lágrimas.

—Pues más te vale hacerlo rápido. —Grace está mirando por la ventana y comenzando a temblar—. Jax —añade mirando a las otras dos.

—¿Qué es este sitio exactamente? —cuestiono alejándome de la puerta.

—¿No sabes nada? —Kate me mira con más lástima que antes.

—No.

—Prostitución.

La palabra que llevo negándome a mí misma desde que me sacaron de esa furgoneta resuena en la estancia. Mis piernas se vuelven gelatina y tengo la necesidad de mordirme el labio para no comenzar a llorar de nuevo.

—Vosotras... ¿habéis...? —Las tres asienten con tristeza y dos de ellas se abrazan—. Esto no puede estar pasando —niego sentándome en el sofá—. Tengo que salir de aquí.

En ese momento la puerta se abre y entra un tipo enorme. Sonríe al verme y se relame los labios, caminando lentamente.

—Hola, cariño. —Se acerca a mí, pero yo retrocedo en el sofá—. Más te vale ir acostumbrándote a la cercanía de los hombres porque mañana mismo te mando para el club. Ahora levántate y ponte esto. —Me lanza una bolsa que cojo en el aire—. Tengo que hacerte una foto.

—No —digo sacando el coraje de no sé dónde.

—¿Qué has dicho? —Arquea una ceja y gira la cabeza llevándose una mano a la oreja.

—Por favor, deja que me vaya, yo no debería estar aquí.
—Niega y se ríe.

—Venga, cariño, no me hagas perder más el tiempo, soy un hombre ocupado. Vosotras, ayudadla —pide a las otras chicas, dejándose caer en el sillón.

Las tres se acercan y tiran de mi mano para que me levante.

—¡Que no! —Me suelto y trato de liberarme.

—Por favor, no le hagas enfadar —me susurra Kate con ojos suplicantes.

—¿¡Por qué le hacéis caso!?! —exclamo indignada.

El hombre cambia de expresión y se levanta, frunce el ceño y sujeta a Grace por el cuello, acercándola a su cuerpo.

—Ponte eso —repite mirándome con seriedad.

—¡Suéltala, ella no tiene la culpa de nada! —Me levanto, pero no me atrevo a acercarme. Él no dice nada ni cambia su rostro, solo comienza a hacer presión con su brazo alrededor del cuello de la pobre chica.

—Tienes cinco segundos.

—¡Por favor! —gritan las otras dos mirándome.

—Yo no...

—¡Por favor, hazle caso!

Grace no puede hablar, solo me mira mientras su rostro se contrae y comienza a faltarle el aire.

—¡Vale, vale! —Levanto las manos y agarro la bolsa—. ¡Pero suéltala ya!

—Aprendes rápido. Eso será bueno para ti. —Sonríe él.

Kate y Megan corren hasta ella y la sujetan para que no caiga al suelo.

Supongo que este tipo debe de ser el tal Jax que mencionó antes Hell. ¿Cómo ha podido dejarme aquí sabiendo lo que este tipo me haría cuando viniese? En sus ojos podía ver que no quería, que esto no le gustaba. ¿Por qué se ha marchado?

Jax vuelve a sentarse en el sillón y une sus manos, sin apartar la vista de mi cuerpo. Abro la bolsa y suspiro al ver lo que hay en el interior.

—¿Esto es necesario? —pregunto mirándole.

—Me estás haciendo perder la paciencia. —Rasca su frente y cierra los ojos.

Asiento y saco el contenido. Me quito el jersey y la camiseta, intentando no mirar su expresión de salido baboso, y hago lo mismo con los pantalones, tratando de terminar lo más rápido posible. Megan me ayuda con la diminuta prenda que este cerdo quiere que me ponga para hacerme la foto.

—Quítatelo todo —dice al ver que me lo estoy poniendo encima del sujetador—. Todo —añade señalando mis bragas.

—No...

—¿Qué? —Se inclina hacia delante.

Le dedico una mirada de odio y obedezco. Recorre mi cuerpo de arriba abajo y sonrío asintiendo, imaginando Dios sabe qué en su perturbada y enferma mente. Megan coloca la pieza de lencería sobre mí y se gira para mirar a Jax.

—Apártate —le dice a ella levantándose—. Colócate ahí —me ordena señalando una pared blanca.

Camino hasta donde me indica y me doy la vuelta para mirarle. Saca una cámara de la mochila que ha traído y se sitúa a unos metros.

—Finge que no me odias, anda —sugiere colocándose a frente a él.

—Eso es imposible —murmuro.

—Por eso he dicho «finge», cariño.

—¿Qué quieres que haga? —pregunto deseando acabar con esto ya.

—Posar, cielo, posar.

Después de una docena de fotografías, vuelve a guardarla y deja que me cambie.

—Tienes ropa limpia en los armarios de las habitaciones. Date una ducha, apestas. —Sonríe asquerosamente antes de abrir la puerta para marcharse—. Ah, más te vale estar preparada para mañana. Con estas fotos tendrás mucho trabajo. —Señala la mochila, y cuando está a punto de cerrar, vuelve a mirarme—. Por cierto, depílate. —Suelta una carcajada y cierra tras él.

—¿Para qué se supone que son esas fotos que me ha hecho? —pregunto a las chicas.

—Las ponen en un catálogo... en el club. —Grace evita mi mirada—. Y los hombres eligen a la que quieren.

—Dime que es una broma. —Ella niega y las otras dos la imitan.

—Hope. —Megan se acerca a mí—. Sé que esto es una pesadilla, pero créeme si te digo que si no obedeces, será un infierno.

—Hell —murmuro.

—¿Qué?

—Hell. El chico que me ha traído.

—Sí, su nombre es perfecto para él.

—Pero me ha dicho que él no se encarga de esto. —Miro a mi alrededor.

—Es cierto, Hell es mucho peor —dice Kate.

—Eso no es verdad, él nunca nos ha hecho daño.

—Pero no nos ha ayudado a escapar. Y podría haberlo hecho muchas veces. —La voz de Kate muestra su odio por el rubio.

—Si... eso sí.

—¿Quién es Hell? —pregunto mirándolas a las tres.

—Hell Ivankov —comienza Meg—. Hijo del hombre más cruel que pisa esta tierra, Vladimir Ivankov. El jefe de la mafia rusa. ¿Sabes lo que es la mafia?

—No soy estúpida.

—Bueno, pues olvida todo lo que creías saber porque no se acerca ni lo más mínimo a la realidad —continúa—. Narcotráfico, asesinato, secuestro, tráfico de personas ...y prostitución. —Hace una pausa—. Hope, sé que ahora mismo solo tienes el deseo de salir corriendo en cuanto te saquen por esa puerta, pero eso es lo que ellos esperarán. Todas lo hicimos. —Mira a las otras dos—. Y solo recibimos palizas y castigos. No dejes que lo hagan contigo, no les des motivos para ello.

—No puedes esperar que me resigne a que un grupo de hombres me violen y paguen por ello.

—Yo ya no espero nada. —Agacha la cabeza y se sienta.

—Bueno, pues yo sí.

Grace me ofrece toallas y ropa limpia, así que me doy una ducha y tiro la ropa vieja a la basura. Me presentan al resto de chicas y compruebo que somos nueve en total, la que más tiempo lleva aquí es Tessa, un mes. Me sorprende que aún tiene la esperanza de escaparse, y digo esto porque Grace, Meg y Kate parecen resignadas a esta vida de mierda. Tessa no. Ella intenta escapar cada vez que tiene oportunidad, y es por eso que aún la tienen con las nuevas, ya que, por lo general, solo permanecen aquí unas dos semanas.

—¿Dónde van a llevarme? —le pregunto mientras ella le pinta las uñas a otra chica.

—Al Club Nightmare. —Me mira y asiente, reafirmando—. Sí, es una pesadilla, lo siento.

—¿Y qué me van a hacer? —Cierra el pintaúñas y mira a la otra chica antes de mirarme a mí.

—Los hombres ven el catálogo y eligen. Cada una de nosotras tenemos un precio, ellos lo pagan y nosotras... bueno, supongo que esa parte ya la conoces.

—Yo no soy una prostituta —me apresuro a decir.

—Y nosotras tampoco —responde ofendida.

—Lo siento, no quería insinuar eso. —Agacho la cabeza, avergonzada.

—Hope, las cosas son así. Cuanto antes las aceptes y las asimiles, antes podrás decidir tu próximo paso.

—¿Cuál es el tuyo?

—El mismo desde que llegué aquí, cargarme a Jax y escaparme. Y llevarme a mi hermana —dice acariciando la cara de la chica que tiene enfrente.

—¿Vosotras sois hermanas? —Asiente y le da un abrazo—
¿Cuántos años tenéis?

—Yo veintidós, Riley diecisiete.

—¿Tienes diecisiete años? —pregunto tapándome la boca con angustia.

—Sí.

Soy incapaz de pegar ojo en toda la noche. Intento analizar la situación y pensar en lo que puedo hacer para escaparme. Meg me ha dicho que ellos saben que voy a intentar huir cuando me lleven al Club, así que no puedo hacer eso, tiene que ser algo diferente. Piensa, piensa... Hell. Necesito a Hell. En sus ojos pude ver que él no está contento con esto, que no le gusta. Tal vez si... o no, las chicas han dicho que podría haberlas sacado de aquí muchas veces y no lo ha hecho, ¿por qué lo haría conmigo?

—Buenas tardes, mis bellas putitas. —Todas observamos a Jax desde el salón, en fila, tal y como las chicas me han indicado que le gusta encontrarnos. Ninguna decimos nada—. Vais a ponérmelo fácil, ¿verdad? —Me habla a mí directamente, yo me limito a asentir de manera sumisa—. Bien, vamos, de una en una, sed buenas.

A medida que bajamos los tramos de escaleras, voy recordando a Hell más y más, puede haber sido el último hombre con el que haya tenido contacto fuera de ese puticlub.

Justo frente al portal han aparcado un minibús, al que las chicas van entrando como algo a los que ya se han acostumbrado, al parecer. Yo soy la última. Cuando llega mi turno, Jax me señala el interior con la mano, pero dejándome espacio.

Poniéndome a prueba.

—Vamos, cariño, ¿vas a escapar o vas a entrar? —Arquea una ceja y pasa la lengua por sus labios, expectante.

Tessa niega con la cabeza desde dentro del vehículo, indicándome que este no es el mejor modo. Debo esperar el momento oportuno, así que agacho la cabeza y sin responderle nada, me subo.

Obedezco cada orden que Jax me da hasta que llegamos al callejón tras el Club Nightmare. Veo en su cara que está sorprendido, pero no dice nada. Delante de mí se bajan Tessa, Riley y otras dos chicas, y el resto tras nosotras.

—Por aquí —indica abriendo una puerta metálica.

Avanzamos por un estrecho pasillo hasta llegar a una estan-

cia grande. Al frente hay dos puertas y otro pasillo, iluminado con luces fosforitas. Jax me empuja para que atravesase una de las puertas, igual que al resto.

—Bueno, señoritas —dice sacando su teléfono—, ya sabéis cómo va esto. Riley, cariño. —Le sonrío y coge algo del armario que hay contra la pared—. Dejaste tan encantado al viejo japonés del otro día, que quiere repetir. Ha mandado que te pongas esto.

—¿No puedo hacerlo yo por...?

—No empieces. —Jax interrumpe a Tessa—. Permíto que estéis juntas para que la niña no me dé problemas, pero el trabajo es el trabajo. Además, tú ya tienes tres para esta noche. —Ella asiente y abraza a su hermana—. Conmovedor. Hope, cielo, para tu noche de estreno te he preparado algo muy especial. —Sonríe mostrando su diente de oro y me tira un disfraz de sirvienta—. Vendré por ti en un rato, ponte eso. Las demás, os iré llamando.

Me quedo estática observándolo todo. La forma en la que este tipo nos trata, como si esto fuera la cola del supermercado

y fueran cogiendo número para comprarnos. ¿A cambio de qué? ¿Cuál es el incentivo?

—¿Por qué lo hacéis? —Me giro y las miro a todas cuando nos quedamos solas.

—Hope, no es tan fácil... —responde Kate.

—¿Qué no es tan fácil? ¡Somos nueve contra uno! ¡Podemos con él! —grito alterada— ¡Por favor, no podéis seguir permitiendo que os hagan esto!

—¿Viste lo que le hizo ayer a Grace? —Megan camina hasta mí completamente seria—. Eso no es nada comparado con lo que le hizo a Tessa la noche que intentó que no se llevaran a su hermana.

Se acerca a ella y le levanta la camiseta, obligándola a darse la vuelta. Más de diez marcas de latigazos marcan su espalda. Riley empieza a llorar y ella la abraza.

—Esto no es un juego, Hope. Y lo siento, pero la esperanza no te salvará esta vez.

HELL

—¿Qué te pasa? —Sasha entra en mi habitación sin preocuparse por tocar la puerta, y se sienta en la cama—. Solo tocas cuando estás jodido de verdad.

—¿Alguna vez has pensado en la vida que llevamos? —le pregunto dejando la guitarra contra la pared.

—¿A qué te refieres? —Frunce el ceño confusa.

—A nada, da igual. ¿Qué querías? —Me levanto del sillón que hay en un rincón de mi dormitorio, para sentarme a sulado sobre el colchón.

—¿Estás bien? —Coloca una mano en mi hombro y sonríe—. Si es por una tía, la mataré.

—No hace falta, ya está muerta —suspiro y me dejo caer hacia atrás en el colchón—. Muerta en vida.

—¿De quién hablas? No será de esa Babi, ¿verdad? —masculla entre dientes—. Le tengo unas ganas.

—No, y no preguntes más, no quiero meterte en esto —respondo mirándola—. Escúchame. —Me incorporo y tomo su cara entre mis manos—. No dejes que ningún hombre te trate mal, jamás. Eres más que todos ellos y ninguno merece ni una sola lágrima tuya. Si alguno... —Cierro los ojos y cojo aire—. Si alguno se pasa contigo lo más mínimo, dímelo y...

—Y lo matarás —concluye mi frase y yo asiento—. Lo sé. No te preocupes, sé cuidarme sola.

—Ven aquí. —La abrazo y ella deja que lo haga sin realizar más preguntas. Al igual que Nate, sabe cuándo debe dejarme mi espacio.

Le doy un beso en la frente y se pone en pie tras un gesto de mi cabeza, me observa con detenimiento un par de segundos y espera a que yo le sonría y guiña un ojo antes de marcharse. La puerta se cierra y yo me dejo caer hacia atrás, sobre el colchón. Dudo cuando desbloqueo mi móvil y veo el nombre de Avery en contactos favoritos.

Avery Tretiakova es mi prima por parte de madre, ella se vino desde Rusia hace tan solo un año, por lo que aún se está acostumbrando a la vida aquí. Solo tiene dos años menos que yo, veintidós, pero su madurez es grande debido a los altibajos que ha vivido. Cuando mataron a mi madre, mi tío, es decir, su hermano y padre de Avery, cayó en una depresión y terminó suicidándose. Desde ese momento fueron ella y su madre contra el mundo, puesto que Vladimir y yo, la única familia que les quedaba, nos vinimos a vivir a Estados Unidos.

Hace unos años, su madre rehízo su vida junto a otro hombre. Por lo que Avery me contó, él era bueno y se esforzaba por cuidar de ambas, pero ella no era feliz allí, su sueño siempre había sido vivir en Nueva York. Así que cuando vio que su madre ya no estaría sola, tomó la decisión de venirse. Vive en un apartamento compartido con otras dos personas porque apenas gana lo justo para sobrevivir y pagar las facturas con lo que gana en la cafetería que trabaja.

Sobra decir que no acepta nada de lo que le ofrezco. Nunca.

Avery es reservada y no le gusta nada mi mundo, por eso nos vemos poco y permanece alejada de todo esto lo máximo posible. Siempre quedamos en sitios alejados del Bronx, voy a tomarme algo donde trabaja, la recojo con el coche y vamos lejos, o subo a su casa, pero nunca en sitios demasiado públicos o en la calle. Hago lo posible para que la gente que me vigila, enemigos de la familia, no me relacione mucho con ella. Avery es mi tesoro secreto, lo único que me queda por parte de mi madre, no puedo perderla también a ella.

—¡Hola! ¿qué pasa? —Me saluda igual de alegre que siempre. Sonrío enseguida.

—¿Qué tal estás? ¿Trabajando?

—No, hoy tengo turno de noche. —Su voz denota agotamiento, últimamente ha estado haciendo horas extras para poder pagar lo que debe del alquiler.

—¿Te apetece que nos veamos?

—¡Claro! Ahora estaba acabando de prepararme un té, si quieres ven a buscarme y vamos a dar una vuelta.

—Vale, te escribo cuando salga de casa.

—Genial, un besito.

—Un beso. —Cuelgo y me levanto de la cama, voy hacia la puerta para salir, pero entonces me doy de bruces con Nathan, que iba a entrar.

—Venga —dice pegándose la pelota de futbol en el pecho—, vamos fuera.

—Quizá más tarde, enano. —Se la devuelvo.

—No era una pregunta. —Le miro con una sonrisa y obedezco cuando arquea una ceja, esperando que me mueva. Seguro que a Avery no le importa esperar un poco.

Bajamos las escaleras y vemos a Beatrice hablar con Sasha. Discutiendo más bien, para variar. La primera tiene las manos apoyadas en sus caderas, tratando de mostrarse superior sobre unos tacones tan altos como la segunda.

—No vas a salir así y punto —dice señalando la ropa de mi hermana.

—¡Tengo veinte años, por Dios! No vas a decirme lo que puedo y no puedo ponerme. —Ríe en su cara. Ella levanta la mano y le da una bofetada.

—Respétame. ¿Hablarías así a tu padre?

Sin añadir nada más, nos mira a los tres y se marcha. Me acerco hasta Sasha y levanto su barbilla para que aparte la vista de la espalda de su madre y clave sus ojos en mí.

—Eh —digo cogiendo sus manos para que deje de apretar los puños—, tranquilízate. ¿Dónde vas?

—He quedado con Pitt.

—¿Y millonetis? —pregunto alzando una ceja.

—En su casa. —Se encoge de hombros y sonrío—. No le pertenezco, es un idiota.

—No perteneces a nadie —interviene su hermano mellizo.

—*Touché*. —Ambos chocan el puño y los tres reímos.

—Hell, te necesito. —V abre la puerta de su despacho y me hace un gesto para que vaya.

—No puedo ahora, voy a...

—Vas a entrar y a obedecer. —Me mira con seriedad sin dejarme terminar la frase.

—Vete calentando —digo pasándole la pelota a mi hermano.

—Me parece que hoy no vas a tener tiempo para juegos, chico —informa mi padre.

—Ve —murmura Nate—, llevaré a Sas y después quedaré con Mitch.

—Lo siento. —Revuelvo su pelo y guiño un ojo a Sasha—. Sé buena —le susurro antes de girarme.

—Nunca. —Escucho que responde. Sonríó ya de camino hacia el despacho.

V me ofrece un vaso de *whisky* y me indica que me siento frente a él, todo esto sin decir una palabra. Con los años he aprendido a obedecer sin necesidad de hablar, a través de sus miradas y expresiones.

—Esta noche tienes que ir al Nightmare.

—Ni de coña —hablo sin dudar.

—No es una elección. Tienes que hacerlo. —Da un trago sin inmutarse lo más mínimo.

—Sabes de sobra que no soporto ese lugar, ni ese ni el resto de tus puticlubs. Tienes gente de sobra para ocuparse de lo que sea que necesites.

—La chica que has llevado esta mañana al apartamento nos ha salido un poco rebelde. —La respiración se me atasca en la garganta cuando me doy cuenta de que se está refiriendo a Hope—. Jax me ha contado que le costó hacerle la foto y sospecha que está tratando de convencer al resto para que se rebelen.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —Aprieto el vaso de cristal para no rompérselo en la cabeza.

—Quiero que vayas al Club porque hoy es su primera noche y estamos seguros de que dará problemas.

—Repito. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—El ruso ha pagado por ella. —El vaso de cristal estalla entre mis manos—. ¿¡Qué cojones te pasa!?

—Continúa —pido mirándole fijamente y sacudiendo los cristales incrustados en mi piel.

—El ruso ha pagado por ella y la quiere esta noche. Te necesito para que no nos de problemas y realice el servicio en condiciones. —No hablo, solo miro la sangre en las palmas de mis manos—. Limpia eso. —Señala los cristales del suelo antes de marcharse.

Llamo a una de las chicas de servicio para que se encargue del vaso y yo mismo me curo las heridas. Necesito un par de puntos así que cojo el botiquín y lo hago en pocos segundos, me coloco una pequeña venda y abro el grupo de mis amigos en WhatsApp.

Yo

Os necesito.
2:40pm

Calvin

¿Qué pasa? 2:40pm

Dave

Dime 2:40pm

Yo

Tengo que ir al Nightmare y no sé si voy a ser capaz de controlarme. No quiero que las cosas se me vayan de las manos o tendré problemas con V.

2:41pm

Elliot

¿A qué hora?
2:41pm

Calvin

Estoy acabando de comer, luego voy a tu casa.

2:41pm

Yo

No, quedamos allí a lassiete.

2:41pm

Dave

Vale.

2:42pm

Elliot

Sin problema.

2:42pm

Regreso a mi dormitorio y me tumbo unos minutos sobre la cama para relajarme, no quiero ir a ver a Avery en este estado.

¿Cómo puede pedirme que vaya a ese maldito lugar? V me conoce, el que más lo hace después de mis hermanos, sabe que esos sitios me resultan repulsivos. El saber lo que sucede ahí dentro me produce náuseas, y más cuando poco antes he estado en el apartamento, viendo la tristeza y resignación en la cara de esas pobres chicas. Secuestradas, obligadas a ser prostitutas durante el resto de sus días.

Un mensaje de Avery me hace salir de mis pensamientos, pregunta que si ya he salido y dice que se muere de ganas de darme un abrazo. Le respondo que sí, que acabo de subirme al coche y que le avisaré para que baje a la calle cuando ya esté allí.



Una sonrisa boba se dibuja en mi rostro cuando abre la puerta del feo y viejo portal en el que se encuentra su apartamento, en Chinatown. Nuestra relación con las bandas de chinos no es muy buena, así que procuro no parar mucho por aquí.

—¡Hola, feo! —Se tira para darme un abrazo y yo se lo devuelvo con alegría.

—¿Qué te ha pasado en el pelo? ¿Te ha meado un flamenco?
—le pregunto cuando veo que se lo ha teñido de rosa.

—Calla, idiota. No me digas que me queda mal. —Hace una pose sobre el asiento del copiloto y yo solo niego con la cabeza mientras río y arranco el coche.

Pasamos por un McAuto y, tras hacer nuestro pedido, me dirijo hasta la misma azotea en la que estuve ayer con Nathan. Avery me cuenta cómo le ha ido la semana, dice que su jefe está siendo de gran ayuda al dejar que haga más horas extra, pero que eso está provocando que apenas pueda dormir y que está muy cansada. Me cuenta que ayer fue al médico y que le recomendó empezar a tomar vitaminas para estar más fuerte.

—Avery, por favor...

—No. —Me tapa la boca con su mano manchada de ketchup—. No me ofrezcas dinero otra vez.

—No pienso permitir que enfermes, ¿lo entiendes? — respondo limpiándome la barbilla que ella me ha llenado de salsa.

—No lo haré —señala con la boca llena de hamburguesa.

—¿Cuántas horas al día estás trabajando? —Estamos comiendo en el interior del coche, así que bajo la ventanilla para que entre el aire que corre aquí arriba.

—Unas catorce.

—¡Avery!

—¡Hell! —Me mira y niega con la cabeza, dando por zanjado el tema.

—No te das cuenta de lo absurda que eres, ¿verdad? — Suspiro y doy un sorbo a mi Coca-Cola.

—¿Cómo te va a ti? —Es una experta en cambiar de tema.

—No quieres saberlo. —La miro.

—¿Algo que no tenga que ver con el despiadado jefe de la mafia que tienes por padre, o con vuestro imperio?

—No, Av, ya sabes que mi vida gira en torno a eso. Todos mis amigos y la gente con la que me muevo, se relacionan directamente. Eres lo único que tengo fuera de toda esa... mierda.

Deja de comer patatas fritas y toma mi mano, está sonriendo cuando la miro, y eso ya me hace sentir un poco mejor.

—Cuéntamelo. —Niego—. Cuéntamelo.

—He conocido a una chica.

—¡Eso es fantástico! —Celebra dando un saltito en el asiento—. Espera, ¿no lo es? —Cambia de opinión al ver mi rostro serio.

—V la acaba de comprar.

Avery abre los ojos muy sorprendida, suelta una bocanada de aire y cierra los ojos. Su pelo rosa toca el respaldo del asiento cuando apoya la cabeza en él, y se mete un puñado de al menos ocho patatas fritas de golpe en la boca.

—Di algo —suplico quitándole la comida cuando se mete otro bocado de forma ansiosa. Farfulla con la boca llena, pero no entiendo nada, así que le paso el vaso de refresco.

—No puedes enamorarte de una mujer a la que van a obligar a acostarse con todo tipo de hombres. —Niega frenética con la cabeza—. No puedes, Hell.

—¿Quién ha dicho que me haya enamorado? Eres una exagerada, para ti no existen los grises, ¿eh? —Aparto la vista, pero ella gira mi barbilla hacia ella.

—¿De cuántas mujeres me has hablado hasta hoy? —No abro la boca, solo entorno los ojos mientras mastico—. Por Dios, primo, ¡si pensaba que eras homosexual!

—Pues no, Av, me gustan las mujeres, pero no te he contado nada sobre ninguna porque nunca había... —Sonríe orgullosa cuando no encuentro las palabras para terminar la frase—. Ninguna de ellas... —Sigue sonriendo, me quita las patatas fritas

y se choca la mano a sí misma—. Que no, Avery, que lo único que ha pasado es que yo fui el que la obligó a entrar en el puto apartamento de las nuevas. Ella me dijo su nombre, me contó cosas sobre su vida y me suplicó que no la dejara allí.

—Demasiada información. —Levanta la mano y su rostro se torna serio—. ¿Y la dejaste allí?

—Avery... —Ella niega con la cabeza de forma reprobatoria, haciéndome sentir aún peor.

Dejo la comida y salgo del coche, necesito aire. Me restriego el pelo y grito de frustración, necesitaba hacerlo desde ayer. Me coloco un cigarro en los labios y lo enciendo, entonces ella sale y camina hasta mí, se acerca y rodea mi cuerpo con sus brazos, apoyando la cabeza en mi pecho.

—Lo siento —susurra apretándome más. Yo le doy un beso en la cabeza y espero a que me mire—. Sé que esto no te gusta, que si por ti fuera eliminarías toda esa parte del negocio. —Asiento con un nudo en la garganta—. Tu madre estaría orgullosa del hombre en el que te has convertido, Hell.

—No lo creo. —Suelto una risa amarga y me separo de ella, doy una calada más y camino hasta el borde del edificio.

—Claro que sí, mírate. Estás hecho una mierda por una chica que acabas de conocer, sintiéndote fatal por el futuro que le espera. Podrías haber desarrollado el odio y el rencor de tu padre, podrías ser igual de despiadado que él, pero no lo eres. —Sujeta mis mejillas para que la mire—. Tú no eres como Vladimir Ivankov.



Tras dejar a mi prima en su casa, vuelvo a la mansión y me dejo caer en la cama, encendiendo el reproductor de música con el mando a distancia. Miro la marihuana sobre la mesilla, pero la descarto de inmediato, necesito estar completamente lúcido

esta noche y ya son las seis. Decido darme una ducha y vestirme con unos pantalones vaqueros, una camisa gris de manga corta, americana y los zapatos negros.

Cuando paso por delante del despacho de V, me lanza una mirada desde su mesa y asiente, dando por hecho que voy a hacer lo que me ha pedido. Le devuelvo el gesto y me dirijo hacia la puerta de la calle.

—¿Dónde vas? —me pregunta mi hermano justo cuando voy a salir, al parecer él acaba de llegar junto a su amigo Mitch.

—Nightmare. —Intercambiamos miradas y no es necesario que diga más.

—¿Para eso te quería papá? —Asiento—. Vamos contigo.

—No, he llamado a los chicos. No te preocupes, divertíos —digo mirándolos a los dos.

—Hell. —Sujeta la manga de la americana para que me detenga—. Solo es una chica más. Tienes mucho que perder.

—Me mira a los ojos con advertencia y preocupación.

Asiento y me obligo a sonreír para tranquilizarle, cierro la puerta tras de mí y lleno mis pulmones de aire.

Minutos después estoy aparcando en la acera de enfrente al Club. Veo que Dave, Elliot y Calvin ya están esperándome fuera, cruzo la calle corriendo para que no me atropellen y les hago una señal con la cabeza para que me sigan. No hablamos, estoy muy nervioso. El portero, un tío enorme —pero enorme de verdad—, nos abre la puerta en cuanto me ve.

—¿Y ahora qué? —pregunta Dave.

—Sí, no nos has dicho qué pasa. —Calvin saca su paquete de tabaco y nos ofrece uno a cada uno.

—Sentaos y pedid algo —respondo aceptándolo—. Si veis jaleo, venid.

Los tres aceptan y van hacia la zona reservada, donde les dejan pasar sin problema ya que han visto que vienen conmigo.

—¿Dónde está Jax? —pregunto a un camarero.

—Ha llegado hace un rato con las chicas nuevas. Creo que una le está dando problemas —añade cuando se escucha un grito en el pasillo de las habitaciones.

Me apresuro hacia allí, y entonces tengo que detenerme en seco al ver cómo otro del servicio arrastra a Hope mientras ella grita y llora suplicando. Jax les sigue mientras ríe y habla por teléfono. El ruso les espera apoyado en la puerta de la habitación.

Salgo del pasillo y le doy un puñetazo a la pared. Me llevo las manos al pelo, tirando de él y odiándome a mí mismo por no detener lo que están a punto de hacerle. *Solo es una chica más, solo es una chica más*, me repito a mí mismo las palabras de mi hermano. ¡No es una chica más, joder! Es Hope. La chica que ha vivido en la calle y cuya abuela ha muerto, dejándola sola y propiciando a que el destino la llevara hasta un maldito club de *striptease*.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Dave mirando mis nudillos cuando me siento a su lado.

—Nada. Oye, necesito que... Joder. —Me rasco la frente y apoyo los brazos en las rodillas.

—Tío, cuéntanos qué pasa. —Esta vez es Elliot quien habla.

—Ayer han traído una chica nueva —comienzo sin levantar la vista—. He tenido que obligarla a que subiera al apartamento.

—Bueno... —Dave intenta hablar con cuidado—. Es una mierda, lo sabemos, pero no es la primera vez que tienes que hacer eso.

—Pero es la primera vez que sé su nombre. —Los miro—. Se llama Hope. Hope. —Río con sarcasmo por el significado de su nombre—. Me ha suplicado que la sacara de ahí, me ha llamado

por mi nombre y me ha rogado que no la dejara sola. ¿Y yo qué he hecho?

—Lo que tenías que hacer. —Elliot es el único que se atreve a decirme algo así.

—La he dejado. Y ahora la están violando y haciendo Dios sabe qué. —De una patada tiro la mesa y todo lo que hay sobre ella, provocando un gran estruendo por todos los vasos y cristales rotos.

Una camarera se acerca y sin decir nada ni atreverse a mirarnos, comienza a recoger y a limpiar todo el desastre. Mis amigos tratan de distraerme y de hacerme hablar de otra cosa, pero yo soy incapaz de sacármela de la cabeza. Casi puedo escuchar sus gritos, pero no, solo los oigo en mi cabeza. ¿Es la culpa?

HOPE

La puerta se cierra y me retiro el pelo de la cara para poder ver dónde me encuentro. Reconozco el rostro del ruso, cuyo nombre desconozco. Pasa la lengua lentamente por sus labios y comienza a desabrocharse el cinturón. Por instinto, retrocedo en la cama, hasta llegar a tocar el cabecero. Miro a mi alrededor, intentando encontrar algo con lo que defenderme. No hay nada. Respiro tratando de calmarme y poder pensar en cómo salir de esta. Él se quita los zapatos y los pantalones, quedándose con los calcetines y la ropa interior.

—¿Vas a ser buena? —cuestiona mientras se deshace de la parte superior de su vestuario.

No respondo, me cubro el cuerpo prácticamente desnudo con la almohada que tengo detrás, trato de crear alguna especie de barrera que me mantenga alejada de él. Me doy cuenta de que mi respiración es cada vez más agitada, necesito serenarme y pensar.

—Eso no te servirá de nada, cielo. —Ríe y termina de quitárselo casi todo.

Da varios pasos hacia la cama y coloca las rodillas en el colchón, el pulso se me acelera sin control a medida que avanza. Acerca las manos hasta mis tobillos y tira con fuerza hacia abajo, de forma inesperada, colocándose encima de mí con rapidez y agilidad.

—No lo hagas, por favor. —Trato de contener las lágrimas.

—Pero no llores. —Giro la cara cuando siento el tacto de sus dedos en mi mejilla—. Nos vamos a divertir.

Llevo mis manos a su cuello, le clavo las uñas e intento mantenerlo alejado, pero enseguida las aparta y me da una bofetada de advertencia. Me quedo unos segundos quieta por el impacto, momento que aprovecha para unir mis muñecas con una cuerda que no sé de dónde ha sacado. Ata el extremo a una esquina de la cama, y es entonces cuando comienzo a gritar.

—¡No! ¡Socorro! —Doy patadas en el aire, pero no sirve de nada ya que está sobre mí.

No dice nada, solo ríe y aproxima su rostro al mío, escupiéndome con cada carcajada. Trata de besarme, pero solo consigue llevarse un mordisco en los labios por mi parte. El golpe que me propina esta vez no es como el anterior, me ha partido el labio. El sabor amargo de la sangre entra en mi boca. El ruso ya no ríe, su expresión es más bien eufórica y se puede apreciar un gran bulto bajo su ropa interior.

—No, por favor. —Lloro sin remedio, sabiendo lo que se avecina.

La sangre pasa deprisa por mis oídos, la escucho. Mi pulso se ha disparado y me sudan las manos, unidas una junto a la otra. Respiro de manera entrecortada, si no me tranquilizo pronto, me ahogaré. Un zumbido fuerte comienza a sonar en bucle en mi cabeza. Una de sus manos aprieta mi cuello, mientras con la otra

da un tirón a uno de los tirantes que forman el disfraz de sirvienta que me han puesto a la fuerza. Bajo la mirada y veo cómo mis pechos quedan casi a la vista. Sin pensárselo un segundo, aparta la mano de mi cuello y comienza a masajearlos, relamiéndose y tirando con los dedos de mis pezones, provocándome un dolor espantoso. Vuelvo a patear y a gritar, pero solo parece excitarme más.

—Hacía mucho tiempo que no me follaba a una virgen.

—No soy virgen —detallo deprisa, esperando que eso disminuya sus ganas.

Frunce el ceño y su sonrisa se expande despacio.

—Bien, entonces no es necesario que sea delicado contigo.

—Se hace a un lado y me arranca el tanga de un tirón.

—¡No! ¡Socorro! ¡Hell!

—¿Hell? —Vuelve a reír—. Seguro que hará lo mismo contigo cuando yo termine.

Se deshace de sus calzoncillos y de inmediato una náusea se forma en mi garganta cuando lleva una de sus manos a su miembro y comienza a masturbarse.

—¡Socorro! —Me retuerzo y tiro de la cuerda, haciendo que el cabecero se mueva, pero sin conseguir soltarme.

La impotencia que siento es angustiada, no puedo detenerle de ninguna forma. Me va a forzar y no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Comienzo a hiperventilar, el pecho me duele y no puedo respirar. Creo que estoy transpirando, una gota de sudor cae por mi frente y un nudo se forma en mi estómago.

Bajo la mirada cuando noto cómo comienza a tocar mi zona íntima. Cierro las piernas y me muevo todo lo que puedo, pero él sonríe y pone una mano en mi vientre, empujando hacia abajo para que no me mueva. Sus uñas me arañan cuando trata de abrirme las piernas con la otra mano.

—¡Déjame, no me toques! ¡Hell!

Retira la mano de mi abdomen y con ambas consigue abrirme las piernas por completo, aprovechando para colocar su cuerpo en medio para que no vuelva a cerrarlas. Sin esperar ni un segundo más, mis ojos ven cómo coloca su erección en mi entrada y empuja sin cuidado ni temor.

—¡Ah! —Grito cerrando los ojos con fuerza.

El dolor más agudo que he sentido en mi vida se forma en mi interior, cada vez que su miembro sale y vuelve a entrar, abriéndome impaciente y de forma violenta. Deja caer su pesado cuerpo sobre el mío y lleva la boca hasta mis pechos, lame y muerde los pezones con el mismo poco cuidado que me penetra.

—¡Para! —Las lágrimas caen por ambos lados de mi rostro, llegando hasta mis orejas.

Mi cuerpo comienza a entumecerse y siento un cosquilleo en manos y pies. La garganta me duele debido a que tengo la boca tan seca que no puedo tragar.

—Deja de fingir, sé que te está encantando. —El nauseabundo olor a alcohol mezclado con tabaco de su aliento me produce tanto asco, que no puedo evitar tener una arcada.

Coloca las manos a los lados de mi cuerpo y se incorpora ligeramente, consiguiendo así poder entrar más a fondo. La visión se me nubla y me pitan los oídos, puedo notar los latidos apresurados del corazón en ellos. De pronto la habitación parece cada vez más pequeña, como si fuese disminuyendo de tamaño, acercando el cuerpo de este hombre al mío de forma irremediable.

Continúa haciéndolo varios minutos más. Minutos en los que decido bloquear mi mente y mi cuerpo y tan solo esperar a que termine. Entonces, se detiene y trepa por mi cuerpo, hasta colocarse sobre mis pechos.

—No, no. —Niego con la cabeza y la giro todo lo que puedo hacia un costado.

—Abre la boca, zorra. —Con una mano me obliga a mirar hacia arriba y trata de separar mis labios, mientras con la otra coloca la punta de su miembro sobre ellos.

Aprieto los dientes para impedir que entre, al igual que los ojos para evitar mirar lo que tengo delante. Sigue intentando abrírmela sin éxito, mientras que restriega su miembro por mis mejillas, nariz y barbilla. Las ganas de vomitar crecen con cada segundo. Sin poder evitarlo, abro la boca cuando una arcada mayor que la anterior sube por mi garganta. Y entra. Noto que voy a ahogarme cuando toca mi garganta con la punta.

—¡Ah! —Grita de dolor y la saca cuando mis dientes le dañan.

Un nuevo golpe produce más sangre en mi labio. No duda y vuelve a descender por mi cuerpo, abriéndome una vez más las piernas para penetrarme con más violencia que antes.

—Quiero correrme en tu cara. —Jadea unos minutos después, obligándome a mirarle—. Pero no creo que me dé tiempo. —Cierro los ojos, pero me da una nueva bofetada—. ¡Mírame, puta! —Arriesgándome a ser golpeada de nuevo, me niego a grabar en mi memoria este momento.

Cuando aumenta el ritmo, la puerta de la habitación es derribada de un golpe.

HELL

—¿Dónde vas? —pregunta Dave cuando, treinta minutos después, me levanto de golpe.

—No puedo con esto.

—Hell, la vas a cagar.

—Tío, piensa bien lo que vas a hacer. —Calvin se levanta y se coloca frente a mí.

—Podría ser Sasha —replico entre dientes, apretando los puños.

—Pero no lo es, ni lo será jamás.

Lo miro un segundo, reflexionando, pero después le hago a un lado y voy hacia el pasillo. No los escucho, debido al volumen de la música, pero sé que vienen detrás. Camino hasta la puerta donde antes vi al ruso y trato de abrirla, pero está cerrada por dentro. Giro la cabeza y observo a mis amigos, a solo un metro de mí, preocupados, pero decididos a apoyarme hasta el final. Me separo, pegando mi espalda a la pared de enfrente, y le doy una patada a la madera, reventando la cerradura.

Me tambaleo un segundo cuando veo el interior: el ruso tumbado sobre Hope, moviéndose y jadeando. Completamente desnudo, a excepción de los calcetines. Ella atada por las muñecas al cabecero de la cama, con el rostro ensangrentado y lágrimas en sus ojos.

En mi vida he visto a mucha gente morir, he visto los últimos momentos de vida de una gran cantidad de personas, pero el terror que hay en los ojos de esta chica, no lo había visto antes. Solo es una fracción de segundo, una imagen de Sasha en la cara de Hope, la voz de mi padre repitiendo una y mil veces: *La familia es lo primero. Nunca abandones a los tuyos. Tienes todo el poder en la palma de tus manos, Hell.*

—Hell. —Su débil voz me hace volver a la realidad. Un susurro pronunciado desde lo más profundo de su garganta.

Mi cuerpo se mueve sin mi permiso. El ruso gira para mirarme mientras atravieso la habitación hacia él, saco la pistola de detrás de mis vaqueros, la cargo y lo levanto por el cuello sin darle tiempo a reaccionar, tumbo su cuerpo desnudo boca arriba en la cama, y sin pensarlo le meto un balazo entre los ojos. Hope no grita, solo cierra sus piernas y trata de soltarse las manos. Sin mirar su cuerpo prácticamente desnudo, rodeo la cama y desa-

to el nudo de sus muñecas. De inmediato se acurruca contra el cabecero de la cama, abrazando sus piernas, con lágrimas secas y sangre en el labio. Coge la almohada y trata de cubrir su cuerpo con ella.

Voy a decirle algo cuando escucho pasos por el pasillo. Me giro hacia mis amigos, que ahora niegan con la cabeza suspirando, y Jax aparece por detrás de ellos, empujándoles para entrar en la habitación.

—¿¡Has perdido la puta cabeza!? —Grita moviendo las manos y observando el cadáver—. Has cavado tu propia tumba, chaval. —Ríe—. Cuando tu padre se entere de esto, te lo hará pagar como te mereces.

Se da la vuelta para marcharse, pero mis amigos le sujetan cuando les hago una señal con la cabeza. Le empujan contra mí y yo lo hago contra la pared.

—Sé lo que estás pensando —dice sonriendo—, pero deberías pensarlo de nuevo. Si me matas, tú serás el siguiente.

—Eso ha sonado a amenaza —digo justo antes de darle un puñetazo en el estómago. Tal que se encoje y cae al suelo.

—¿Todo esto por una puta, Hell? —Esta vez le acierto en la boca, para que la cierre de una vez.

Me siento sobre él y dejo que la furia tome el control de mi cuerpo, no paro de golpearle hasta que me cercioro de que está bien muerto. Con cada puñetazo, descargo una pequeña parte de la rabia que le tengo a mi padre por obligar a todas estas chicas a hacer esto. Pero no es suficiente, nunca lo será. Noto cómo los nudillos se van abriendo y estoy seguro de que alguno se me ha roto cuando varios dientes salen disparados, pero no me importa.

Me detengo cuando su rostro ya está desfigurado. Incorporo mi cuerpo, aún de rodillas con el suyo entre mis piernas, y me doy cuenta de cómo mi pecho sube y baja con violencia, el corazón me pita en los oídos y gotas de sudor caen por mi frente.

Todas las venas de mis brazos y de mi cuello se encuentran a punto de reventar, y lo mismo hará mi corazón si no me tranquilizo.

Dave me ofrece su mano para levantarme, la cual acepto y doy un paso hacia ellos para quitarme de encima del cadáver.

—Deshaceos de él —ordeno a los dos tipos que están tras mis amigos, no sé en qué momento han llegado—. Si V se entera de esto, una bala en la cabeza será lo que me suplicaréis. ¿Lo habéis entendido? —Los dos asienten y levantan el cuerpo por los brazos para llevárselo a rastras.

—Hell. —Calvin señala a mi espalda, totalmente serio.

Entonces me giro y vuelvo a verla. Aún más aterrada que hace unos minutos.

III

HOPE

Mis ojos son incapaces de separarse de los suyos. Como si fuera el mismísimo infierno hecho persona, pero al mismo tiempo mi salvador, Hell se aproxima despacio hacia la cama en la que me encuentro.

—Tenemos que irnos —dice con cautela—. Vamos, ven conmigo.

—No me toques —balbuceo alejándome un poco más.

—¿Puedes andar? —pregunta todavía ofreciéndome su mano.

—Sí. —Seco las lágrimas de mis ojos y él da un paso atrás cuando voy a levantarme.

—Espera —me pide quitándose su americana—. Acéptala, por favor. —Me la entrega y yo la cojo después de dudar un segundo.

No sé qué pensar, no sé cómo sentirme. El dolor que noto ahora mismo en todo el cuerpo es incomparable a nada que haya podido experimentar antes. Por otro lado, este chico me ha salvado. Bueno, ¿lo ha hecho? Lo cierto es que podría haber llegado antes o haberme sacado del apartamento cuando se lo pedí.

Pero ahora está aquí, ofreciéndome su ayuda, sin conocerme de nada. No tendría por qué haberlo hecho, pero lo ha hecho. Y ha matado al ruso y a Jax. Ha sido su nombre el que he gritado mientras ese cabrón me forzaba, ¿por qué? Aun así, no puedo evitar sentir un poco de miedo y rechazo hacia él. No deja de ser quien es.

Dios, no sé si podré caminar.

Me pongo su chaqueta americana y agradezco ser pequeña y que él sea enorme, porque gracias a ello, la tela me cubre el trasero y parte de las piernas.

—¿Qué vas a hacer con ella? —pregunta uno de los chicos que hay en la puerta.

—De momento, llevarla a la casa de Brooklyn —responde sin apartar la vista de mí.

—No me toques —le repito cuando acerca su mano—. Puedo sola.

Apoyo las manos en el colchón para coger impulso, pero cuando me levanto las piernas me tiemblan y él me sujeta antes de caer al suelo.

—Déjame ayudarte, por favor —suplica clavando sus ojos en los míos.

Asiento y paso un brazo por su cuello para que me levante. Lo último que deseo ahora mismo es que nadie me toque, pero tengo aún más ganas de salir de aquí, y sé que no podré hacerlo sin su ayuda.

Caminamos hacia los otros tres chicos, que se hacen a un lado para dejarnos pasar.

—¿Estás seguro de esto? —cuestiona el rubio tocando su hombro—. Sabes lo que te estás jugando. Esto no tendrá marcha atrás, Hell.

Él le mira unos segundos y después a los otros dos, suspira y asiente.

—Salid y avisadme cuando la puerta trasera esté despejada. Las llaves están en el bolsillo —le indica al moreno con un tatuaje en el cuello, el cual las saca del pantalón del hombre que me lleva en brazos.

Sin decir una palabra más ni llevarle la contraria, se alejan de la habitación y desaparecen. Él me deja en el suelo y me pide que me sujete a una silla.

—Ahora mismo vuelvo —dice mirándome.

HELL

—No. —El tono alarmante de su voz regresa—. No me dejes, por favor. —Sus ojos se llenan de lágrimas de nuevo.

—Solo será un segundo —digo intentando convencerla—. Te prometo que volveré.

—Por favor —murmura tragando saliva para no llorar.

—Un segundo.

Me asomo al pasillo y voy corriendo hacia el camerino, lo abro e ignoro al resto de las chicas que hay dentro y que me miran entre sorprendidas y acojonadas.

No puedo llevármelas a todas, joder.

Abro el armario y saco los primeros pantalones que encuentro.

—No hay nadie. —Escucho a Calvin desde la puerta trasera.

—Voy.

Vuelvo por donde he venido y la encuentro temblando y acurrucada en el suelo. Sus ojos se iluminan levemente cuando me ve.

—Toma —digo pasándole los pantalones. Ayudo a que se levante y dejo que se apoye en mi hombro mientras se viste—. Vamos.

Vuelvo a subirla en mis brazos y camino con ella por el pasillo, asegurándome de que nadie nos ve ni nos sigue.

—Espera —habla cuando pasamos por delante del camerino.

—¿Qué?

—Las chicas.

—No puedo soltar a todas, Hope.

—Por favor. —Su labio inferior tiembla—. Riley tiene diecisiete años y Tessa...

—Deja de contarme cosas sobre ellas, no quiero saber nada. —Sin hacer más caso de lo que dice e ignorando sus lágrimas, continúo mi camino.

Calvin se aparta para dejarnos salir y después cierra tras él. Dave, que ha ido a buscar mi coche y lo ha traído hasta el callejón, abre la puerta del copiloto. Dejo a Hope en el suelo y se monta sin decir nada, no duda. Cierro y vuelvo con mis amigos.

—No va a salir bien —dice Dave entregándome las llaves.

—Ya lo sé —respondo antes de montarme.

Salgo a la calle principal y acelero para alejarnos pronto de Hunts Point. Para los que no lo sepáis, es el barrio con más prostitución de todo el Bronx —y posiblemente de todo Nueva York—, lleno de bandas y pandilleros. Peligroso y lleno de pobreza, al igual que Melrose o Mott Haven, nada que ver con el barrio donde yo vivo, Riverdale. El más rico del Bronx y uno de los más ricos de la ciudad.

Mi teléfono comienza a sonar y veo el nombre de Casper en la pantalla. Miro a Hope de reojo y me maldigo a mí mismo

cuando veo que sigue temblando. ¿Será de miedo o de frío? Por si acaso, pongo la calefacción.

—¿Estás bien? —¿Qué puta clase de pregunta es esa? Me mira, pero no responde—. Oye, siento mucho lo que...

—Estoy bien —me interrumpe.

—De acuerdo —respondo con la misma sequedad.

Cruzo el puente para entrar en Queens y sigo mi camino sin hablar más con ella. Tampoco sé qué decirle.

—¿A dónde me llevas? —pregunta cuando llegamos a Brooklyn.

—Tengo una casa en Brooklyn Heights. Es discreta y allí podrás estar hasta que... hasta que decida qué hacer contigo.

—¿Estoy secuestrada?

La miro, pero no respondo. ¿Qué si está secuestrada? Joder, acabo de sacarla de ese puto antro de mierda y me pregunta que si está secuestrada.

—Tu silencio es mi respuesta —decreta mirando por la ventanilla.

—No estás secuestrada, Hope.

—Entonces para el coche y déjame bajar.

—No puedo hacer eso. —Me está poniendo nervioso y el puto teléfono no para de sonar. Ahora es V.

—¿Por qué?

—¿A dónde irás? —La miro aprovechando que estamos en un semáforo parados.

—Eso no es problema tuyo. —Me desafía con la mirada.

—Te equivocas. Tú eres mi problema desde que me he cargado a dos tíos por ti.

—Yo no te lo he pedido.

—¡De nada! —exclamo con una risa sarcástica, poniendo el coche en marcha de nuevo.

Me observa unos segundos más y vuelve a girar la cabeza.

Cuando llegamos al edificio en el que se encuentra la casa, aparco en un hueco que queda libre y detengo el coche. Es un milagro que haya aparcamiento en esta zona.

—Escúchame —comienzo, mirándola—. No puedo dejar que te marches por ahí tú sola porque podrían encontrarte y matarte. Y después me matarían a mí por lo que he hecho.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunta relajando un poco la expresión.

—No lo entenderías. —Aclaro mi garganta y vuelvo a escuchar el maldito teléfono sonando—. ¿Me lo vas a poner fácil? —le pregunto.

Suspira y asiente con la cabeza, tirando de la manilla para salir. Me acerco a ella con rapidez, para sostenerla y ayudarla a subir los escalones hasta la puerta principal. Saco las llaves del bolsillo de la americana que ella lleva puesta, y abro con rapidez. Entramos en el apartamento y la acompaño hasta el salón para que se siente en el sofá.

—¿Todos estos libros son tuyos? —Da un vistazo a su alrededor.

—Sí.

—¿Los has leído todos?

—Los de esa estantería sí. —Señalo la de la derecha—. Los de esa no.

—¿Y las películas? —Gira la cabeza hacia la vitrina de cristal.

—He visto casi todas. Oye, ahora tengo que irme. —Ahí está esa mirada de angustia de nuevo—. Pero nadie te buscará aquí

—añado para tranquilizarla—. Nadie sabe que tengo esta casa, estás a salvo aquí.

—¿Cómo sabes que no voy a escaparme cuando te vayas?

—Porque eres una chica lista.

—¿Volverás?

—Mañana por la mañana. Te traeré comida y algo de ropa.

—¿Hasta cuándo voy a tener que estar aquí? —pregunta levantándose del sofá.

—No lo sé. ¿Tan mal estás? Dijiste que no tenías donde ir y que estabas sola.

—Sigo estando sola —apunta con rapidez.

—Pero tienes un techo bajo el que dormir —objeto algo ofendido.

—Lo que tú digas. —Camina por el salón, hasta detenerse frente al piano.

Me mira y yo la miro a ella. No decimos nada. Abre la tapa y se sienta en el banco, deslizando los dedos por las teclas. La primera nota suena, luego otra y después otra más, me quedo embobado mirando cómo toca, con delicadeza y elegancia. Se me hace extraño ver a una chica vestida con mi cazadora, unos pantalones dos tallas más grandes, despeinada y con sangre seca en el labio, tocando de esta forma tan... ¿mágica? Madre mía, me estoy volviendo un puto blando.

—Tengo que irme. —Me molesta escuchar mi propia voz, interrumpiendo este momento. Ella se detiene y me mira.

—Pues vete.

—¿Necesitas que llame a un médico? —pregunto algo incómodo, intentando no pensar en lo que le ha hecho ese hijo de puta.

—No. Estoy bien. —Gira la cabeza y vuelve a tocar las teclas.

—Hasta mañana.

Camino hacia la puerta principal y la observo un segundo más, antes de salir y cerrar. Mi móvil vuelve a sonar.

HOPE

Termino de tocar la canción que interpretaba para mi abuela cada noche y cierro la tapa del piano antes de levantarme. Me quito la cazadora, que aún mantiene el intenso olor de Hell, dejándola sobre el sofá antes de ir hacia el pasillo. La cocina está a la derecha y enfrente hay un cuarto de baño. Tengo la necesidad absoluta de darme una ducha. Lo que ese... hombre me ha hecho... me produce ganas de arrancarme la piel a tiras para desprenderme del aroma que ha dejado grabado en mi piel. Las lágrimas se mezclan con la sangre seca de mi boca, la sangre que él ha hecho brotar con sus golpes.

El cuarto de baño es simple, una ducha, un lavabo con varios armarios, espejo y retrete.

Abro el grifo y me quito el resto de la ropa mientras me miro en el espejo. Tres moratones comienzan a ser visibles en mi hombro y mis muñecas. Me seco las lágrimas con enfado, haciéndome incluso daño y sintiéndome lo más bajo de este mundo por no haber hecho nada más para detener a ese cabrón.

Metó un pie en la ducha e inmediatamente el otro. Dejo que el agua caiga por mi pelo y por mi cuerpo, sin poder evitar llorar de nuevo. Tomo el bote de jabón que hay en una repisa y me echo la mitad por encima, raspando mi piel hasta producir rojeces y arañazos. Fragmentos de lo que ha sucedido apenas hace un rato, aparecen en mi cabeza, como cuando solo te sabes parte de la letra de una canción y no puedes parar de repetirla y repetirla.

Cojo aire y trato de calmarme. Trato de convencerme a mí misma de que ya estoy a salvo y de que él ya está muerto. No sé

por qué, pero la necesidad de tener a Hell cerca aparece en mi mente. La sensación de sentirme a salvo con él. La sensación de querer pensar que no dejaría que nadie volviera a hacerme algo así. Pero entonces me pregunto: ¿por qué no lo detuvo antes? ¿por qué dejó que llegara tan lejos? Y lo que más me inquieta de todo: ¿por qué me ha sacado de allí y me ha traído a su casa?

HELL

Aprieto el timbre de Avery sin descanso hasta que la voz de su compañera de piso me responde.

—Abre, soy el primo de Avery.

—Está trabajando, tiene turno de noche.

—¡Joder! —gruño enfadado por no haberme acordado.

Vuelvo a subirme en el coche y conduzco hasta el Soho, don-

de se encuentra el Café Gitane en el que trabaja. Dejo el vehículo en el callejón que hay al lado y la veo sirviendo una mesa a través de la cristalera antes de entrar. Ella también me ve a mí, frunce el ceño con preocupación y se acerca hasta mí cuando me detengo junto a la barra.

—¿Qué te ha pasado? —Mira las salpicaduras de sangre en mi camisa y luego levanta mis manos, llevándose la suya a la boca al ver el estado de los nudillos—. Ven —dice sin esperar respuesta.

Me lleva hasta la trastienda y me pide que la espere un momento, que va a decirle a su compañera que se va a tomar ahora el descanso. Regresa enseguida con el botiquín en las manos, lo abre y comienza a curarme sin abrir la boca. Yo espero a que termine sin decir nada, pero entonces veo un par de lágrimas que caen por sus mejillas.

—Oye, Av, estoy bien. —Rodeo su cuerpo y ella me devuelve el abrazo, apretándome más de lo normal.

—¿Cómo te has hecho esto? ¿Por qué tienes sangre en la camisa?

—Es mejor que no lo sepas, necesito que me dejes otra, no puedo llegar así a casa. —Niega con la cabeza sin entender nada, totalmente confusa—. ¿Puedes conseguirme otra camisa?

—Cla-claro. —Se da la vuelta y abre uno de los armarios, rebusca dentro y saca una negra.

Espera a que me la abroche y yo mismo arranco la pegatina cosida con el logo de la cafetería. Me observo las manos y veo que es imposible que V no repare en las heridas, esto me delatará.

—¿Tienes maquillaje? —Asiente, aún más perdida que antes—. Vas a tener que taparme esto para que no se vea —señalo los nudillos.

—Hell...

—Oye, escúchame —le pido mirándola a los ojos—, todo esto no va contigo y quiero que siga así, ¿de acuerdo? —Solo llora—. Sabes que es complicado, solo necesito que me ayudes ahora y prometo que la próxima vez que nos veamos, haremos como si esta noche no hubiera sucedido nunca. ¿Harás eso por mí?

—Haría lo que fuera por ti —contesta con seguridad.

—Te quiero, ¿lo sabes?

—Y yo a ti —responde.

Le doy un beso en la mejilla y espero a que vaya a por su bolso para sacar el maquillaje y cubrir la herida lo mejor posible.

—Ya está, con esto valdrá —anuncio cuando creo que es suficiente.

Por no mencionar que duele de cojones.

—¿Valdrá para qué? —Su mirada me suplica explicaciones, pero no puedo dárselas sin meterla en todo esto.

—Prometo llamarte mañana —le digo cuando me acompaña hasta la salida del café.

—Promételo otra vez —me pide.

—Te lo prometo. Gracias. —Señalo las manos y abro la puerta para marcharme—. Eh —Vuelvo a mirarla—. Estás preciosa con el pelo así. —Le guiño un ojo buscando la sonrisa que me devuelve, la cual me da fuerzas para llegar a casa.

Para enfrentar a Vladimir.

V sale de su despacho y me sujeta del brazo cuando paso por delante de él.

—¿Dónde hostias has estado metido? —pregunta con las venas del cuello hinchadas y el semblante serio.

—Donde tú me mandaste —respondo dando un tirón para soltarme.

—¿Y me puedes explicar que ha pasado para que Jax y el ruso estén muertos!? ¿Te haces idea de quién era ese hombre!?

—¿Muertos? —Finjo desconcierto.

—No juegues conmigo, chaval. —Sujeta mi cuello y me aprieta contra la pared.

—No sé de qué coño me estás hablando. —Le miro a los ojos sin acobardarme.

—Dos hombres han muerto y la niña nueva ha desaparecido. ¿Qué cojones estabas haciendo tú mientras eso pasaba?

—Controlar al resto. Tal y como dijiste, la nueva les ha comido la cabeza y están comenzando a rebelarse. —Me suelta y da un paso atrás, pensativo—. Cuando me he marchado, Jax estaba vivo y el ruso con la nueva.

—Estamos jodidos —sentencia entrando en su despacho y yo detrás de él.

Pone un poco de *whisky* en un vaso y saca un puro de la cajetilla de oro blanco que tiene sobre la mesa. Yo camino hasta el sofá granate y me siento, entrelazando los dedos y esperando a que continúe. Veo de reojo cómo las heridas casi no se notan, solo espero que no le dé por preguntarme por qué llevo una camisa diferente.

Le miro y alzo las cejas, interrogante.

—No saben quién ha sido. —Eso me hace respirar de nuevo.

—¿Cómo te has enterado? —Me pongo en pie, estoy demasiado alterado como para quedarme quieto.

—Los porteros les han encontrado hace un rato. —Asiento y le quito el vaso para darle un trago. Frunce el ceño, pero se sirve otro sin decirme nada.

—¿Qué piensas hacer?

—Necesito que alguien se ocupe de los clubs. Lo harás tú.

—¿Perdona? —Le miro y me acerco a él.

—Ya es hora de que te ocupes de algo, chico. Las drogas y las armas son un juego de niños para ti. Le pasaremos tu trabajo Nathan y tú harás el de Jax.

—No.

—Es una orden. —El tono autoritario me enfurece.

—He dicho que no. Mándame donde te dé la gana menos ahí.

—Hell.

—No.

—¿Vas a desobedecerme? ¿Eh? —Esa risa sarcástica la conozco. No va a cambiar de idea.

—No. —Tenso la mandíbula y aprieto los puños, sintiendo cómo se me abren las heridas—. Pero te pido por favor que no me metas en eso.

—Buscaré a alguien, pero hasta que lo encuentre, tú serás el encargado.

—Pues encuéntralo rápido. —Dejo el vaso sobre su mesa con tanta fuerza que se derrama parte de su contenido.

—Oye. —Su voz me detiene antes de salir por la puerta—. Hay que encontrar a la chica.

—¿Qué chica? —Nate aparece en escena.

—A partir de hoy, te encargarás de recibir los pedidos de drogas y de armas —le dice mi padre ignorando su pregunta—. Lo harás tú solo hasta que Hell vuelva a estar libre.

—¿Y qué va a hacer él mientras?

—Ocuparse de los clubs.

Mi hermano me mira y comprende de inmediato lo que siento ahora mismo, no tiene ni idea de lo que ha pasado con Hope, sin embargo, tampoco pretendo contárselo. Si algo sale mal, cuanta menos gente lo sepa, mejor.

El móvil de V comienza a sonar, nos hace una señal para que salgamos y le dejemos solo, pero cuando voy a cerrar la puerta, vuelve a llamarme.

—¿Qué ha pasado con tu ropa? Cuando te has marchado llevabas otra camisa y la americana.

—He pasado por casa de Babi antes de venir —comento sin más. Él asiente poco convenido y se da la vuelta para responder a la llamada.

—¿Qué ha pasado? —Nate busca mi mirada mientras resoplo de camino a las escaleras.

—Nada.

—Hell, cuéntamelo.

—¿Qué te cuente qué? —Sasha sale de la sala de juegos y se acerca a nosotros.

—Nada, me voy a la cama.

Se miran entre ellos y después a mí. Saben que no es el momento de preguntar, así que simplemente asienten y cada uno sigue su camino.

Me quito la ropa y entro en mi cuarto de baño, abro el grifo, dejando a continuación que el agua y el jabón se lleven el maquillaje que seguramente esté haciendo que las heridas se infecten. Tienen una pinta horrible, aunque mi cuerpo cicatriza rápido, lo más seguro es que mañana ya estén mucho mejor.

Me tumbo en la cama y miro al techo pensando en todo lo que ha pasado hoy. Lo de acudir a Avery no ha sido más que un acto desesperado, en cualquier otra circunstancia habría ido directo a casa de Babi, pero ella está de fiesta esta noche y yo necesitaba una camisa con urgencia. Lamento haber hecho que se preocupe de esta forma, ella es lo más puro que conozco y odiaría que después de tanto tiempo y esfuerzo, se viera envuelta en todo esto.

Decido mandarle un mensaje para que se quede tranquila.

Yo

Ya estoy en casa y en la cama,
todo está bien. Gracias por
ayudarme esta noche y siempre.
Te quiero.
10.40pm

Avery

Gracias a Dios, he derramado dos termos
enteros de café por los nervios. Por favor,
no te metas en muchos líos. Inténtalo al menos.
Te quiero.

10:41pm

HOPE

Después de ponerme unos pantalones deportivos que he encontrado en el armario de Hell, y una de sus camisetas de manga larga, agarro la manta que hay en el reposabrazos del sofá y me tapo con ella. La paso por mis hombros y me acerco hasta la estantería de las películas.

Vaya, este chico sí que es ordenado. Me sorprende ver que tiene todas colocadas en diferentes baldas, dependiendo del género que sean. Bueno, desde luego no me apetece ver una de terror ahora mismo, así que voy a las de risa. Pero no, tampoco tengo ganas de reírme. En realidad, solo necesito dormir, no recuerdo la última vez que lo conseguí. Así que escojo una histórica, de esas que solo con los créditos te entra el sueño. La introduzco en el reproductor, vuelvo a encogerme en el sofá y le doy *play*.

En efecto, en menos de quince minutos el cansancio puede conmigo, mi cerebro está saturado y necesita descansar. El sueño comienza a arrastrarme y simplemente me dejo llevar.

Pienso que estoy soñando cuando unas manos acarician mi mejilla, pero entonces entrebrazo los ojos y me tenso de inmediato al comprobar que no, que está sucediendo de verdad. Comienzo a dar patadas y a gritar como loca, aterrada.

—¡No! ¡Suéltame!

—¡Tranquila! ¡Eh!

—¡No! —Me levanto y corro hacia la pared, cogiendo la lámpara que hay en una mesilla para lanzársela. Entorno los ojos para enfocar la silueta que tengo enfrente antes de tirarla.

—Hope, soy yo, lo siento, no quería asustarte —confiesa entonces sin acercarse.

—Hell. —Tomo aire y me llevo la mano al pecho—. Perdona, no quería...

—Tranquila, ven aquí.

Vuelvo a dejar mi arma defensiva en su sitio y camino hasta él, aunque manteniendo las distancias.

—¿Qué haces aquí?

—Bueno, estaba en casa y quería asegurarme de que no te habías marchado.

—Tampoco tenía muchas opciones. —Él sonríe de medio lado y eso produce un pequeño cosquilleo en mi estómago.

—Te he traído comida y ropa, aunque de eso último ya te has ocupado sola —comenta señalando la que llevo puesta.

—Sí, bueno... No quería llevar lo que traía.

—Tranquila. Esta es de mi hermana, creo que te quedará bien.

Me entrega una mochila y nuestros dedos se rozan levemente. No quiero mirarle a los ojos porque tengo miedo de quedar atrapada en ellos de nuevo. Aclara su garganta y va hacia la cocina, coloca una bolsa blanca sobre la mesa y me quedo observando cómo la vacía y mete las cosas en la nevera.

—¿Has encontrado un supermercado abierto a las cinco de la mañana?

—He cogido cosas de mi casa, mañana iré a comprar más.

—Gracias. —Asiente y da unos pasos en mi dirección, dejando un espacio entre nosotros.

—Bueno, volveré lo antes posible. —Se detiene y busca mi mirada—. ¿Necesitas algo?

—¿Puedes quedarte? —digo sin pensar.

HELL

Sus ojos acaramelados me enganchan una vez más. ¿Cómo voy a quedarme? Se supone que mañana tengo que empezar a ocuparme de la mierda de los clubs y no tengo ni idea de cómo voy a hacerlo. Nunca me ha interesado porque siempre he odiado esta parte de los negocios de V, así que estoy jodido.

—Por favor —insiste—. No... quiero estar sola.

—Está bien. Ve a la cama, yo dormiré en el sofá. Aquí estás totalmente a salvo.

Asiente, agradeciéndome con la mirada, y desaparece por el pasillo hacia el dormitorio. Yo vuelvo al salón y me quito los vaqueros y la camiseta antes de tumbarme, utilizo la misma manta que ella para taparme, pero apago el televisor primero. Al parecer es esa clase de chicas que utiliza las películas para dormirse.



Mi teléfono me despierta temprano, lo pongo en silencio y me doy la vuelta, pero entonces me doy cuenta de dónde estoy. Bostezo y estiro los brazos para descontracturar los músculos de espalda y brazos, antes de levantarme e ir a la cocina. Solo son las nueve y media, así que Hope sigue en la cama, supongo.

Espero.

Decido ir a la habitación para asegurarme, encontrándome con que está despierta, abrazando la almohada y mirado hacia la puerta. Llorando.

—Buenos días. —Capullo—. ¿Quieres... desayunar? —No sé qué cojones decir.

—No. —Se da la vuelta, dándome la espalda.

Camino despacio y me siento en el borde de la cama. Acercó una mano a su brazo, pero de inmediato me doy cuenta de que es una mala idea, así que la dejó sobre el colchón.

Di algo, joder.

—Oye, yo... —Muy locuaz, Hell—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Nada —murmura controlando su llanto.

—Hope, por favor...

—¡Podrías haberme sacado de allí cuando te lo pedí! —Grita de repente dándose la vuelta y enfrentándose. Me quedo mudo, sorprendido—. ¡Por tu culpa estoy así! ¡Por tu culpa ese hombre me golpeó y me violó!

—¡Lo siento, Hope! ¡Lo siento! —Exploto—. ¿¡Crees que para mí es fácil saber lo que cada noche ocurre ahí, y no poder hacer nada para evitarlo!?

—¡No haces nada porque no quieres!

—¡Eso no es cierto! —Me levanto y paso la mano por mi pelo, revolviéndolo con frustración.

—¡Sí que lo es! ¿¡Te crees que tu vida es dura!?

—¡No es tan fácil como tú piensas!

—¡Oh, perdona! Es verdad. —Deja de gritar y se levanta—. Vivir rodeado de dinero y de gente que hace todo lo que le ordenas, debe de ser durísimo.

—Hope... —Sujeto su mano, pero pega un tirón y me empuja.

—No me toques. —Me mira un segundo más y se da la vuelta, volviendo a meterse en la cama y tapándose hasta la cabeza.

Escucho cómo empieza a llorar otra vez, pero ahora con más fuerza que antes. Doy vueltas por la habitación, sin saber qué hacer o decir. No puedo dejarla así, no puedo marcharme.

Tal vez podrías vestirme primero.

Entonces me doy cuenta de que sigo en ropa interior y descalzo, soy estúpido. Voy al salón, me pongo los pantalones y la camiseta, y vuelvo a la habitación. Me coloco frente a ella, en cuclillas, y sujeto el edredón para tirar hacia abajo despacio y poder ver su cara. Me mira, pero no vuelve a pedirme que me aleje o que no la toque. Cierra los ojos con fuerza y llora más y más.

—Lo siento mucho, de verdad. —Me acerco un poco, despacio, comprobando si le molesta o si quiere que continúe.

Al ver que no me rechaza, me incorporo y me coloco a su lado. Tiro de su cuerpo con cuidado, y la abrazo.

HOPE

Jamás había experimentado la cantidad de cosas que siento ahora mismo. Y todas por la misma persona. Odio, rencor y rechazo, por no haberme sacado del apartamento y haber permitido que el ruso llegara tan lejos. Pero también siento calma y seguridad, por haberme traído aquí y haberme tratado tan bien las últimas horas. Supongo que será porque es la única persona que ha hecho algo por mí desde que mi abuela murió, aparte de Bárbara. Aunque lo más probable es que ella lo hiciera porque necesitaban una más en el club, no por ayudarme. Hell, en cambio... no sé por qué lo ha hecho.

—Necesito saber una cosa —digo sin sacar la cabeza del hueco de su cuello.

—¿Qué?

—¿Por qué lo has hecho? No me conoces de nada. ¿Por qué yo y no cualquiera otra? —Suspira y me sujeta de los hombros para que me aparte y le mire.

—No lo entenderías, Hope.

—Puedo intentarlo.

IV

HELL

¿Qué se lo explique? ¿Cómo se explica algo que ni yo mismo sé

? —No cambiará nada.

—Necesito saberlo —insiste. Suelto una bocanada de aire y asiento.

—A ver, para que entiendas por qué he hecho lo que he hecho, primero debes saber varias cosas.

¿Vas a contarle todo?

¿Por qué no? Toda la puta ciudad nos conoce, no va a cambiar nada que ella también lo haga. Y tal vez decirlo en voz alta me ayude a mí mismo.

—V es mi padre.

—¿V?

—Vladimir Ivankov. Vinimos de Rusia cuando yo tenía dos años. Él es el tipo más peligroso que jamás conocerás, Hope. Nunca, bajo ninguna circunstancia, te acerques a él. Si escuchas su nombre, corre. Si alguien te habla sobre él o sobre cualquier persona relacionada con la familia Ivankov, corre. Y si...

—¿Entonces tengo que correr ahora? —me interrumpe.

—Deberías.

—Pero no me dejarás —afirma.

—No —respondo con lástima—. Lo siento, no puedo hacerlo.

—Continúa.

—Es el jefe de una de las peores mafias que existen. Tiene cientos de personas trabajando para él, encargándose de los cárteles de la droga, de los secuestros, extorsiones a la policía, a políticos... Blanqueo de dinero, tráfico de personas y prostitución. —La miro intentando averiguar lo que se pasa por su mente ahora mismo.

—¿Y tú?

—¿Qué? —cuestiono sin entender a qué se refiere.

—¿De qué te encargas tú?

—Drogas. Hasta anoche. V se ha enterado de lo que pasó y de que Jax ha muerto. No sabe quién lo ha hecho, pero quiere que yo me encargue de la prostitución hasta que encuentre a otra persona.

—No puedes hacerlo —dice con voz alarmante.

—No me queda más remedio.

—No puedes.

—Hope, no lo entiendes. Esto no es un juego y no es una elección que pueda tomar. Es lo que hay, es mi mundo.

—No me gusta tu mundo.

—No tiene que gustarte. —Por la manera en la que ella se remueve y desvía la mirada, me doy cuenta de que he sido demasiado brusco—. Lo siento.

—¿Por qué me has sacado de ahí, Hell? —Se aparta un poco más y sus ojos me torturan.

—Nunca me acerco a esos clubs, los odio. Odio esa parte de los negocios de mi padre, y cuando me manda algo relacionado con las chicas nuevas... Yo no sé nada de ninguna de ellas. No sé por qué están ahí ni cómo han llegado, no sé cuántos años tienen... Ni sus nombres. El de ninguna. No me lo permito a mí mismo porque entonces mi conciencia me torturaría a cada momento. Porque entonces, el nombre de esa chica rondaría mi cabeza pensando en todo lo que le hacen.

—¿Y si no sabes sus nombres? ¿Te dan igual? —pregunta ofendida.

—No. Pero todas son iguales, ninguna destaca por encima de ninguna. Y no puedo salvarlas a todas.

—Pero yo te dije mi nombre. —Parece que empieza a comprender.

—Sí. Desde que me lo dijiste supe que estaría jodido. Además, después continuaste contándome lo de tu abuela, que estuviste viviendo en la calle, que estabas sola... Me llamaste por mi nombre y me pediste que te sacara de ahí, que no te dejara sola.

—Hay algo más —deduce observando mi expresión.

—Tengo una hermana —admite—. Se llama Sasha y tiene veinte años.

—Como yo. —Suspiro y necesito dejar de mirar sus ojos por unos segundos.

—Cuando te vi... Ahí... Por un momento vi su cara. Pensé que podría ser ella y bueno, perdí la cabeza.

—¿El chico que estaba contigo en el apartamento era tu hermano?

—Sí, se llama Nathan. —No puedo evitar sonreír al hablar del enano.

—Es muy importante para ti. —Vuelve a afirmar.

—Los dos lo son. Mis hermanos son mi mundo, Hope. Ellos son mi familia.

—¿Y tu madre?

—La mataron cuando yo era un bebé, antes de venimos a Nueva York.

—Lo siento.

—Y yo. Oye. —Me levanto y la miro—. Es mejor que no preguntes más. Cuanto menos sepas de todo esto, mejor para ti.

—¿Hasta cuándo me vas a tener encerrada?

—Hasta que me asegure de que no te buscarán.

—¿Qué pasaría si me encontraran? —pregunta levantándose también.

—No importa porque eso no va a pasar. Tengo que irme.

—No me gusta estar sola. —La tristeza en su voz me rompe el corazón—. Desde que mi abuela murió, eres la primera persona con la que me siento segura. —No, esto sí que me rompe—. Hell, sé que debería odiarte, sé que debería salir, correr y escaparme lo más lejos posible de ti, pero en realidad, eres el único que ha hecho algo por mí en mucho tiempo, no me escaparía porque no tengo donde ir. Y sé que te estoy causando problemas, sé que tenerme aquí es un problema, y también sé que yo lo soy, pero...

—Tú no eres ningún problema —la interrumpo de inmediato—. Nadie me ha obligado a hacer lo que hice y estoy acostumbrado a hacerme responsable de mis actos, así que no te preocupes. Lamento haber dicho que lo eras, no lo pensaba en realidad. —Camino hasta ella—. Lo siento, pero tengo que irme ya, en la mochila que te he traído con ropa hay un teléfono móvil. He grabado mi número, escíbeme si pasa algo, pero no me llames. —Asiente y se hace ligeramente a un lado para dejarme pasar.

—¿Volverás? —pregunta cuando ya estoy en la puerta.

—En cuanto pueda. Mientras tanto, intenta no asomarte a las ventanas y no llamar la atención, ¿vale?

—Descuida.

—Adiós.

—Adiós.

Bajo las pocas escaleras del edificio y cruzo la calle para ir hasta donde aparqué el coche anoche. Bueno, esta madrugada cuando me he despertado y se me han cruzado los cables para venir.

Creo que estoy perdiendo la jodida cabeza.

Salgo rápidamente de Brooklyn y cruzo el puente de nuevo para volver al Bronx. Mi móvil suena y veo de reojo que es Nate.

—¿Qué pasa? —respondo.

—¿Dónde estás?

—¿Qué pasa?

—Millonetis ha venido a casa. Está borracho, perdido y hasta el culo. Dice que quiere hablar con Sas, pero no le he dejado pasar. No sé cuánto tiempo más voy a poder retenerla para que no salga a por él. Quiere romperle la cara, pero como él se la devuelva, me lo cargo.

—Ahora voy —gruño antes de colgar.

¿Qué cojones querrá este subnormal ahora? Ni lo sé ni me importa, cómo siga ahí cuando llegue, no lo cuenta.

HOPE

Me aburro. Necesito hacer algo para mantenerme entretenida y dejar de darle vueltas a la cabeza. *Flashes* de lo ocurrido llegan a mi cabeza de vez en cuando, como si hubieran sido parte de una pesadilla que mi mente intenta olvidar, pero al mismo tiempo no puede evitar recordar.

De hecho, fue una pesadilla.

No, peor, fue real.

Paseo por la casa, pensando en qué hacer para entretenerme. Ya he curioseado en todos los rincones y está todo vacío, excepto por la ropa de Hell y todos los libros y películas que hay en el salón.

—*Pesadilla antes de Navidad, Piratas del Caribe, Hannibal, Sam, Una noche para morir, La vida es bella, Nunca juegues con extraños, A todo gas...* —Recorro las estanterías leyendo algunos títulos que me llaman la atención.

No he visto casi ninguna así que me es indiferente cuál elegir. Creo que tendré tiempo de verlas todas...

HELL

—Tú. —Me bajo de mi 4x4 y camino hasta el gilipollas que se balancea y aporrea la puerta principal de mi casa.

—Mira, tío... —No le dejo terminar, mi puño contra su boca es lo que le interrumpe.

Nathan abre la puerta y sale con mi hermana por detrás, dibujando un semblante completamente furioso.

—Eres una zorra —le dice a Sasha antes de escupir un poco de sangre.

Le sujeto para levantarle y poder darle de nuevo, pero ella me detiene. Lo coloco frente a mi hermana y le levanto la cabeza para que la mire.

—Cómo vuelvas a poner un pie cerca de mí, de mi casa o de mis amigas, no necesitaré a mis hermanos para acabar contigo. ¿Me has entendido? —habla con calma y serenidad, muy cerca de su rostro.

—Zorra —repite él.

Sasha le da un puñetazo y después le sujeta por los hombros para clavar su rodilla en el estómago de millonetis, yo le lanzo

contra un árbol y hago una señal a los de seguridad para que le saquen. Supongo que le han visto indefenso y por eso no han actuado.

—¿Qué pasa con vosotros? —les pregunto cuando se acercan— ¿Para qué cojones os pagamos?

—El señor nos pidió que no hiciéramos nada. —Se refieren a Nate. Asiento y hago que se lo lleven.

—¿A qué hostias ha venido eso, Sas? —Sujeto el brazo de mi hermana para que no se marche sin darme explicaciones.

—Le han dicho que anoche estuve con Pitt. —Pone los ojos en blanco.

—Ten cuidado con lo que haces y con quién lo haces. No puedo ir cortando lenguas a diestro y siniestro —le advierto.

—Que sí. —Se da la vuelta y regresa a su cuarto. A dormir, imagino.

—¿Dónde estabas? —me pregunta Nate cuando ella desaparece.

—Trabajando. ¿Y tú que haces aquí todavía? —Miro mi reloj—. Llegaba un envío hace veinte minutos.

—Ya lo sé, pero no podía dejar a esta aquí sola.

—Nathan, el trabajo es lo primero.

—Pensé que lo primero era la familia. —Eleva una ceja y me mira.

—Lo es para ti y para mí, pero no para V. Por mucho que él finja que sí.

—Hell, no quiero cagarla... —dice restregándose el pelo—. Si lo hago mal y por mi culpa toda la entrega se va a la mierda...

—Vamos, iré contigo hoy.

Subimos en el coche y salgo por la carretera secundaria de camino a las afueras. Siempre se cambia el lugar de entrega de la

cocaína para no tentar a la policía a dejar de hacer la vista gorda. Les pagamos mucho dinero para que no se entrometan.

—Bien, esto es fácil. Solo tienes que llegar, supervisar que están todas las cajas y apretar la mano del que te la traiga.

—¿Pero por qué tengo que venir yo solo? —pregunta cuando aparco en medio de la nada.

—Normalmente vendrás con Jace o con Casper, pero hoy tenían asuntos en Manhattan con V.

—¿Qué asuntos?

—Había que pagar a gente importante. —Saco la llave del contacto y le miro—. Vamos.

Nos bajamos del coche y vamos hacia la pequeña caseta que hay a unos metros. Observamos una furgoneta y un coche junto a ella.

—Buenos días, él es mi hermano, Nathan Ivankov. A partir de hoy y hasta nuevo aviso, él revisará las entregas. ¿Entendido?

—Sí. Adelante. —El italiano nos hace un gesto para que subamos al camión a revisar la mercancía.

Ambos lo hacemos de un salto, y avanzamos entre las cajas.

—Dos cosas —le digo—, la primera, nunca pierdas de vista la puerta del camión cuando subas. Y la segunda, si algún día vienes y el italiano es otro diferente, avísame. Siempre viene el mismo así que no hay motivo para que lo cambien.

—Entendido.

—No tienes que hacer nada más que abrir un par de cajas o tres, al azar, y asegurarte de que contienen cocaína.

—¿Cómo lo hago?

—Así.

Me acerco hasta una y la abro, saco un paquete, mi navaja del bolsillo, y le hago una raja. Saco un poco con la punta y la pruebo. Cojo otro poco y se lo ofrezco, para que haga lo mismo.

—Quédate con este sabor.

—¿Siempre es la misma?

—Sí, a no ser que V pida algo diferente.

—De acuerdo.

Probamos un par de paquetes más y volvemos a bajar.

—Perfecto —le digo al italiano. Levanta la cabeza y sonrío con suficiencia.

—¿Tienes el dinero? —pregunto a mi hermano.

Saca un sobre del bolsillo trasero de sus pantalones y se lo entrega. Esperamos a que cuente los billetes y estrecha nuestras manos antes de darnos las llaves de la furgoneta.

—Y si no llegas a venir tú, ¿cómo me hubiera llevado yo esto?

—Pues no lo sé, no sé cómo V te ha mandado solo, seguro que quería ponerte a prueba. No podemos llevarlo nosotros, si algún policía nuevo nos para, estamos jodidos. Espera.

Saca un cigarro y yo mi teléfono, llamo a uno de nuestros hombres de confianza y le mando venir para llevarse la mercancía.

—Mierda, son las nueve y media, tendría que estar en el maldito club hace diez minutos.

—Vete, yo me quedo a esperarle.

—¿Y tú cómo vuelves?

—No te preocupes, ya me buscaré la vida.

—Vale. Llámame cuando estés en casa. ¿Qué más tienes que hacer hoy?

—Hasta la tarde nada. Papá quiere que vaya con él a no sé dónde. Creo que quiere enseñarme a disparar. —Pone los ojos en blanco y los dos reímos.

—Sí, algo de puntería no te vendría mal, pero eso ya te lo enseño yo, luego hablo con él. —Choco su mano y me doy la vuelta para ir hacia mi coche.

—Oye —me llama—, ¿no vas a contarme lo que ha pasado con Hope?

Suspiro y le miro. No creo que pase nada por llegar un poco más tarde a esa mierda de antro.

—La tengo escondida. —Vuelvo con él y acepto el cigarro que me pasa.

—Mataste a Jax, ¿verdad? Y al ruso.

—Sí, no sé qué me pasó. Joder, si hubieras visto cómo la dejó, Nate. —Aprieto los puños involuntariamente—. Por un momento vi a Sas y no pude controlarme.

—Oye, que a mí no tienes que darme explicaciones. Yo habría hecho lo mismo.

—Lo sé.

—¿Dónde la tienes, en Brooklyn?

—Sí.

—¿Cómo está?

—Asustada. No quiere quedarse sola.

—Dios, que hijo de puta —gruñe dándole una calada a su cigarro—. No sé cómo vas a ser capaz de llevar toda esa mierda. Deberíamos dismantelarlo todo y dejarlas marchar. —Tiene la mirada perdida en el horizonte y habla muy en serio.

—Admiro tu bondad, enano. Eres valiente, pero no podemos hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque todos iríamos a la cárcel.

—Nosotros no hemos hecho nada.

—Ah, ¿no? ¿La gente que he matado te parece nada? ¿La droga que metemos en el país te parece nada? ¿Los secuestros y...?

—Eso no lo hemos hecho nosotros —me interrumpe.

—Pero lo hemos presenciado y lo sabemos. Somos cómplices.

—Tienes razón. —Suspira—. Es solo que todo esto no me gusta. La droga... bueno. Pero obligar a esas chicas a prostituirse... Me da asco.

—Sé perfectamente lo que sientes... —Doy una palmadita en su hombro y sonrío para que él lo haga conmigo—. Bueno, me marchó, no creo que Kevin tarde en llegar.

—Vale. Luego hablamos.

—Hasta luego.

Voy a arrancar el coche cuando el teléfono empieza a vibrar en el bolsillo de mis pantalones.

—Te dije que no me llamas. ¿Qué pasa?

—Tienes que venir. —Hope habla en voz baja.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué susurras?

—Alguien ha intentado entrar en casa, no sé si sigue ahí o si se ha marchado.

—¿Qué? —Arranco el coche a toda prisa—. ¿Cuánto hace?

—Ahora mismo.

—Escúchame, estoy yendo para allá, métete en la habitación y bloquea la puerta. Llegaré lo antes posible.

—Hell, no me cuelgues.

—Haz lo que te he dicho.

—Voy, pero no cuelgues, por favor.

—Vale, pero hazlo ya. Avisame cuando hayas terminado.

—Sí.

Pongo el manos libres y coloco el móvil en el salpicadero. Me cago en la puta, ¡me cago en la puta! ¿Cómo hostias se han enterado de que estaba allí? Es imposible, no lo sabe nadie.

—Ya está —susurra segundos después.

—¿Qué has puesto?

—Una silla.

—Bien, llego en quince minutos.

—¿¡Quince!?! —exclama en voz alta.

—Hope, estoy a las afueras de Queens.

—¿Qué hacías allí?

—Trabajar. ¿Oyes algo?

—No. Igual se ha ido ya...

—Si han ido a por ti, no se van a marchar hasta que lo consigán.

—No me digas eso. —La voz temblorosa me indica que va a comenzar a llorar en breves.

—No va a pasar nada, llego enseguida. ¡Hijo de puta! ¿¡No sabes lo que es tener preferencia!?! —grito por la ventanilla a un cabrón que me ha hecho dar un frenazo.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Háblame, dime algo —suplica.

—¿Cómo qué?

—No lo sé. Algo.

—A ver, me llamo Hell, tengo veinticuatro años. Nací en Rusia y me mudé aquí cuando tenía dos —relato lo primero que se me ocurre, sin prestar mucha atención a lo que digo, solo quiero llegar ya—. Tengo un hermano y una hermana, mellizos. Mi padre es un hijo de puta que solo piensa en el dinero y en el poder. Mi madre murió cuando yo era pequeño, le pegaron un tiro. Yo he recibido tres, pero todavía sigo respirando. Mi vida...

—Espera. —Su voz me interrumpe—. ¿Te han disparado tres veces?

—Sí.

—¿Por qué?

—Negocios, Hope. Escúchame, voy a colgar, luego enseguida.

—No tardes, por favor.

—Hasta ahora.

Avanzo apresurado, adelantando a coches y camiones. Cuando llego, no hay sitio para aparcar, así que lo dejo en doble fila y subo corriendo los pocos escalones hasta la puerta de entrada. Está en perfectas condiciones y la cerradura no está forzada. Qué raro, joder. Meto la llave y cierro después de entrar.

—¿Hope? —Avanzo por el pasillo hasta la habitación y trato de abrir, pero está bloqueada—. Soy yo. —Escucho cómo mueve la silla y abre la puerta.

—¡Hell! —Se tira a mis brazos pillándome totalmente por sorpresa. Me tenso unos segundos, pero después bajo las manos hasta su cintura y la abrazo. Está temblando.

—Ven. —La llevo hasta el salón y le muestro la puerta—. No hay nadie y la cerradura no está forzada. ¿Estás segura de que has escuchado algo?

—¡Sí! Estaba dormida y de repente... —Se calla cuando ve cómo cierro los ojos y niego con la cabeza— ¿Qué?

—Ha debido de ser una pesadilla —digo con cautela.

—No... Estoy segura de que... —Se deja caer en el sofá y comienza a llorar.

Joder, ¿qué coño hago yo ahora? No sé cómo actuar, mierda, nunca me he visto en una situación así. ¿La toco? ¿No la toco? ¿Me voy? ¿Me quedo?

—Cálmate. —Opto por colocarme en cuclillas frente a ella, la última vez funcionó—. Es normal que tengas pesadillas, pequeña. Lo que has pasado...

¿A qué vienen esas
confianzas? No lo sé, me ha
salido solo... Pues contrólate.

—No quiero estar sola. —Me mira con los ojos enrojecidos y
llenos de lágrimas, todavía se ve el golpe que el ruso le provocó
en el labio y en la mejilla—. Quédate, por favor. Solo hoy.

—Hope, no puedo... Tengo cosas...

—Por favor —ruega con desesperación.

—Dios, V me matará por esto.

Me levanto y saco mi teléfono del bolsillo. Marco el número
de mi padre y espero a que responda.

—¿Qué?

—He pinchado. La grúa no llegará hasta dentro de una hora,
hay atascos y retenciones en el en puente.

—No me cuentes historias y búscate la vida.

—Manda a Casper al Club, yo no puedo ir.

—Ni falta que hace, ya he conseguido a otro. Mañana vuelves
a lo tuyo.

—¿Y no pensabas avisarme?

—Ya lo estoy haciendo.

—¿A quién vas a meter? —hablo mientras Hope no aparta la
vista de mí.

—Al hermano de Jax.

—Me estás vacilando —afirmo. Ese mamonazo es incluso
más cabrón que el cadáver de su hermano.

—No. ¿Vas a llevar tú a Nathan a disparar esta tarde? Dice
que se lo has dicho.

—Me ha surgido algo.

—¿El qué?

—No voy a contarte mi vida, ahora le llamo y hablo con él.
Adiós.

—Adiós.

Entro en el grupo de WhatsApp que comparto con mis hermanos y le mando un mensaje.

Yo

Nate, no puedo llevarte esta tarde.

10:25am

Nate

Vale, ¿todo bien?

10:26am

Yo

Sí. Mañana te llevo, te lo prometo.

Sas, ¿estás por ahí?

10:26am

Sas

Voy a salir, me estoy arreglando.

10:26am

Yo

¿Otra vez? ¿Dónde vas?

10:26am

Sas

Por ahí, y esta noche a Cielo.

10:26am

Yo

¿Has hablado con papá?

10:27am

Sas

Le he dicho que duermo en casa de Nat.

10:27am

Yo

Ten cuidado. Nate, ¿tú sales?

10:27am

Nate

No, voy a echar unas partidas a la Play en casa de Mitch.

10:27am

Yo
Vale.
10:27am

Nate

¿Y tú que vas a hacer?

10:27am

Yo
Mañana te cuento.
10:28am

Sas

Y a mí.

10:28am

Yo
Tened cuidado y llamadme si pasa algo.
10:28am

HOPE

No dejo de mirarle mientras teclea en su teléfono. Me da miedo la seguridad que consigue hacerme sentir tan solo con estar aquí, frente a mí. ¿Habrá sido solo una pesadilla? No lo sé, parecía muy real. Pero si lo ha sido, gracias a ella Hell está aquí.

—¿Te quedas? —le pregunto esperanzada cuando lo bloquea y lo mete en el bolsillo de sus pantalones.

—Sí —responde suspirando y tragando saliva, provocando que los músculos de su garganta se muevan.

—Lo siento. —Dejo de mirarle, avergonzada.

—¿Por qué?

—Por trastocar tanto tus planes.

—Oye, no has trastocado nada —dice y sienta a mi lado—. De hecho, me has hecho un favor, así no tengo que ir a trabajar.

—Sonríe y me da un pequeño toque en el brazo con su codo. No puedo evitar sonreír un poco entre tanta lágrima—. ¿Has desayunado?

—No.

—Pues venga.

Le sigo y entro tras él en la cocina. Abre un armario, saca dos tazas y leche de la nevera. Echa un poco y vuelve a guardarla, volviendo a sonreírme, pero sin decir nada. Mete dos rebanadas de pan de molde en la tostadora y las tazas en el microondas.

—¿Te gusta la mermelada? —pregunta sujetando la puerta de la nevera.

—Sí.

—Solo hay de fresa, después iré al supermercado.

—Gracias. —Todavía no puedo evitar responder con timidez. Coloca las tazas sobre la mesa y la mermelada al lado. Me asusto levemente cuando la tostadora hace un ruido y el pan sale disparado, cogiéndolo Hell en el aire. Las pone en dos platos y estos junto a las tazas.

—Que aproveche —dice con una sonrisa después de sentarse frente a mí.

—Igualmente —murmuro.

Observo cómo unta la tostada con mermelada roja y después se chupa el dedo para limpiar los restos, me pasa el cuchillo y yo hago lo mismo. Quiero hablar con él, pero no sé qué decirle. Mis relaciones con los hombres han sido casi inexistentes...

Recuerdo el último día que fui al instituto, antes de dejarlo con quince años. Aquel día estaba muy contenta porque mi madre me había regalado unos zapatos nuevos. Jake, mi novio, me dijo que ese día saldríamos a bailar para estrenarlos. Llevábamos medio año juntos, y bueno, me gustaba mucho. Por aquel

entonces habría dicho que le quería, pero en fin, el amor es algo transitorio a esa edad. Todo es excesivo y cada detalle parece ser el fin del mundo. Piensas que tu vida se irá a la mierda cuando una amiga deja de hablarte o cuando suspendes un examen y no sabes cómo decírselo a tus padres.

Oh, Dios, me quitarán el móvil y me castigarán sin salir. Y si no salgo, no podré ir a la fiesta. Y si no voy a la fiesta, no podré ver a Jake. Joder, seguro que se olvida de mí y se enrolla con otra. Mierda, mi vida no tendrá sentido. Estoy acabada.

Sí, eso es lo que sentía con quince años. Mis mayores problemas eran esos... Ilusa. Ese mismo día mis padres desaparecieron. ¿A qué me refiero? Pues a que no volví a saber nada de ellos. ¿Si están muertos? Supongo. Volvían en el coche del trabajo —teníamos un restaurante—, pero nunca llegaron a casa. La policía estuvo buscándolos durante más de un año, pero ni el coche ni ellos aparecieron. Nadie los vio y nadie supo nada. Al parecer, se los tragó la tierra. ¿Y yo? Pues una adolescente de quince años, con una abuela enferma y deudas que pagar.

Tuve que dejar las clases y empezar a trabajar cómo niñera, ya que hasta los dieciséis no podía trabajar de nada más. Cuando los cumplí, entré en una cafetería, pero me pagaban una mierda, lo justo para sobrevivir y cubrir las facturas del médico de la abuela. Hasta que ya no pude afrontarlas. Pedí ayuda al Estado y conseguí que la metieran en una residencia, al menos ella estaría bien. ¿Cosas del destino? Unos días después, mi apartamento —del que me iban a echar por no poder pagar—, ardió en llamas y lo perdí todo. Estuve con mi abuela, gracias a unas enfermeras generosas que hacían la vista gorda, hasta que murió de un paro cardíaco. Lógicamente yo no podía quedarme allí, así que después de enterrarla, acabé en la calle. Así fue cómo conocí a Bárbara.

—¿Estás aquí? —Hell mueve la mano frente a mi cara.

—Sí, perdona. ¿Has dicho algo?

—Que se te va a enfriar la leche —comenta dejando su taza en el fregadero y volviendo a sentarse.

—Ah, sí. —Doy un mordisco a la tostada y un trago largo. Me mira, pero no dice nada, yo aparto los ojos de los suyos y agacho la cabeza.

HELL

Apoyo la espalda en la silla y me cruzo de brazos, observándola. Una sonrisa involuntaria se forma en mi rostro al ver cómo trata de evitar mi mirada y la clava en la mesa.

—¿Por qué casi nunca me miras a los ojos? —Da un pequeño saltito, sobresaltada por la ronquera de mi voz entre tanto silencio.

—Me intimidas —responde después de pasar la servilleta por sus labios.

—¿En qué sentido?

—En todos.

—¿Me tienes miedo? —pregunto echándome hacia delante.

—Miedo no... —Levanta la vista, mostrando un valor que sé que no posee—. Respeto.

—Eso es bueno. —Paso la lengua por mis labios para humedecerlos—. Pero no quiero que me tengas miedo, jamás te haría daño, Hope.

Asiente, termina de beberse la leche y se levanta para fregar su taza y la mía, seca sus manos y gira, apoyándose en la encimera y mirándome.

—¿Qué... qué vamos a hacer? —Juega con el dobladillo de mi camiseta que lleva puesta.

—Yo voy a ir al supermercado —comunico levantándome—. ¿Hay algo especial que necesites? —Tendré que comprarle tampones, compresas o algo de eso, digo yo.

—No, gracias.

—Bien, vuelvo enseguida. ¿Puedo dejarte un rato sola?—Me acerco un poco más a ella.

—Sí... —No parece muy convenida.

—¿Seguro?

—Sí —dice con más firmeza.

—Vale.

Salgo de la cocina con ella siguiéndome, y me pongo la cazadora que me quité cuando llegué hace un rato. Cojo las llaves de encima de la mesa y la miro otra vez antes de abrir la puerta.

—Volveré antes de que me echés de menos. —Le guiño un ojo después de ver una pequeña sonrisa en sus labios, y salgo a la calle.

Saco un cigarro y lo coloco en mis labios, suspiro y lo enciendo con el mechero mientras bajo las escaleras. Miro al frente y noto algo raro, ¿qué...?

—Me cago en mi puta vida. —El coche no está—. ¡Joder! ¿¡Y tú qué coño miras! —le digo a un hombre que se ha asustado cuando le he dado una patada a la papelera.

¿Qué esperabas? Lo has dejado en doble fila en medio de Brooklyn Heights.

La madre que me parió, tengo una puta pistola en la guantera y droga en el maletero.

—¿Qué pasa? —Hope se alerta cuando vuelvo a entrar así de nervioso.

—La grúa se ha llevado mi coche. —Busco el número en mi teléfono, en internet, y marco para llamar—. ¿Hola?

—Dígame.

—La grúa se ha llevado mi coche y quiero recuperarlo.

—¿Qué modelo?

—*Jeep* Grand Cherokee.

—Matricula.

—FJL 4323.

—Se encuentra en el depósito de Red Hook, señor. Lo acaban de llevar, si lo recoge en un plazo de treinta minutos, solo tendrá que pagar el... —Cuelgo sin dejarle terminar.

—Voy a buscar el puto coche, luego al supermercado y vuelvo. —Giro la cabeza hacia ella y espero a que diga algo.

—Vale...

—Estarás bien, nadie sabe que estás aquí. —Me acerco y toco su brazo.

—Si... Vale.

—Volveré lo antes posible.

Asiente, y se queda ahí de pies hasta que cierro la puerta y dejo de verla.

HOPE

Me asomo por la ventana, apartando las cortinas lo justo para observar cómo sale. Baja las escaleras deprisa y se aleja por la calle, doblando la esquina al final. Suspiro y me siento en el sofá.

¿Qué hago ahora? Las paredes me engullen y siento una presión en el pecho. Cada vez que una sirena o el claxon de algún coche suenan en la calle, me estremezco y el pulso se me acelera por el susto. No puedo seguir así, joder.

Tan solo ha pasado un día...

Ya lo sé, pero tengo que reponerme para pensar en mi próximo paso, cómo me dijo Tessa. Tessa... joder. Riley... No puedo quedarme de brazos cruzados sabiendo lo que les están haciendo. Esto no está bien. No debería ser así, nadie se merece que le hagan algo como lo que me hicieron a mí. O peor...

V

HELL

Después de recoger el coche y agradecer a Dios por no haber tenido ningún inconveniente, voy deprisa al supermercado y aparco junto a una mujer y su bebé. Está tratando de meter las cosas en el maletero sin parar de menear a su pequeño para que deje de llorar. Se ve realmente apurada.

—¿Necesitas ayuda? —Me coloco a su lado y me mira de arriba abajo, con un poco de desconfianza.

—Mmm... no, gracias —responde poco convencida.

—No es nada, déjame, por favor. —Sonríe con timidez y se hace a un lado para que termine de meter las bolsas—. ¿Cómo se llama? —pregunto mirando al pequeño.

—Keith —responde dándole un beso en la frente.

—Es muy guapo —apunto con una sonrisa, guardando la última bolsa y cerrando la puerta—. Ya está.

—Muchas gracias.

—No hay por qué darlas. Déjame el carro, yo lo llevaré.

—Gracias. —Coloca al bebé más arriba, dando un pequeño saltito—. Bueno... Adiós.

—Adiós.

Camino hacia la entrada y aprovecho que tengo el carro para pasar directamente al interior. Vamos a ver, ¿qué mierdas compro yo para esta chica?

Pues comida.

¿Te aplaudo? Quiero decir que no sé lo que le gusta. Debí haberle preguntado, maldita sea. Bueno, un poco de fruta seguro que sí, ¿verdura?, no. Pasta, la pasta le gusta a todo el mundo.

Recorro los pasillos, hasta que lleno el carro hasta arriba. Al final he comprado de todo, menudo amo de casa estoy hecho... Madre mía.

Pago a la cajera y guardo todo en bolsas, camino hasta donde he dejado el coche y meto todas en el maletero. Intento conducir deprisa y tomar atajos para llegar a casa lo antes posible.

¿Por qué tanta prisa?

Porque no quiero dejarla sola, sé que lo pasa mal. Ha pasado muy poco desde... aquello, y es normal que no quiera estar sola, joder.

¿Por qué la cuidas tanto?

No lo sé. Creo que porque me siento culpable por no haberla sacado cuando me lo pidió. Yo pude haber impedido que aquel hijo de puta la tocara, y no hice nada. Por mi culpa está como está.

No es tu culpa, tú no se lo hiciste, tú la sacaste.

Tarde.

Más vale tarde que nunca.

Dios, discutir con mi conciencia me agota hasta niveles estratosféricos.

Esta vez doy un par de vueltas a la manzana hasta que encuentro aparcamiento, no soy de los que cometen dos veces el mismo

error. Saco las bolsas del maletero y las cargo en mis manos como puedo. Me he pasado, joder, Hope va a flipar.

Cruzo la calle, de prisa porque el paso de cebra está a tomar por el culo y no voy a ir hasta allí así de cargado. Siento que una de las bolsas está a punto de romperse, mierda, es la de los huevos. Mierda, mierda. Mierda. De repente, el peso se reduce porque la bolsa se abre y todo el contenido acaba en el suelo.

HOPE

—¡Joder! —Su voz desde el otro lado de las ventanas me sobresalta y hace que se me acelere el corazón.

Aparto la cortina y le veo, cargado de bolsas y con comida en el suelo. Levanta la vista y me hace un gesto para que cierre y no se me vea. ¿Cómo va a poder él con todo eso? Me aproximo a la puerta para salir a ayudarle, pero cuando abro, él ya está a medio metro, así que retrocedo para dejarle pasar.

—¿Qué te he dicho? Toma. —Me pasa dos bolsas y deja el resto en el suelo—. No salgas.

Hago lo que me dice y observo cómo vuelve y maldice al recoger la caja de huevos rotos que hay en el suelo, y más cosas desperdigadas en la acera. Me hago a un lado cuando vuelve, cerrando la puerta tras él al entrar.

—Espero que te guste la tortilla porque estos huevos ya no sirven para nada más.

—Me encanta. —Le ayudo para que no se le vuelva a caer todo, colocándolo sobre la encimera de la cocina—. ¿Has recuperado el coche?

—Claro. A ver si te crees que voy a venir cargado con esto desde el supermercado. —Ríe mientras sacamos las cosas.

—Es verdad. —Acompaño a su risa.

—No sabía lo que te gustaba así que he comprado...

—Todo —le interrumpo con una sonrisa.

—Más o menos.

Es la primera vez que río con ganas desde hace tiempo, sin presiones y siendo yo misma. Es, tal vez, lo que más me gusta de Hell. Que no tengo que fingir ser lo que no soy. Él me ha visto en situaciones... lamentables. Medio desnuda y maltratada, llorando, con los ojos hinchados y la nariz roja y mucosa. Destrozada. Así que no necesito aparentar nada, ha visto lo peor de mí y sigue aquí.

—¿Qué te apetece comer? —me pregunta cuando ya hemos guardado todo.

—Me da igual, lo que tú quieras.

—¿Te gustan los canelones?

—Nunca los he probado. —Clava su mirada estupefacta en mí.

—¿No los has comido nunca?

—No... Cuando mi abuela vivía, solo me alcanzaba para comprar lo justo y lo más barato... —respondo enredando los dedos en el dobladillo de la camiseta. Genial, ahora sentirá lastima.

—Bueno, pues prepárate para un orgasmo bucal. —Levanto la mirada ante su comentario—. Quiero decir que están...

—Lo he entendido —le interrumpo al ver su cara avergonzada—. No hace falta que escojas las palabras, Hell, o que me hables como si fuera a molestarme algo de lo que puedas decir. Estás aquí, conmigo, cuando podrías largarte y dejarme en la calle para que me maten. Ésta es tu casa.

—No quiero hacer que te sientas incómoda.

—No lo haces. Solo me haces sentir segura... —Se acerca y levanta mi barbilla para que mire la increíble sonrisa que tiene.

—Genial, pues haremos canelones al horno.

Las próximas dos horas las pasamos en la cocina, haciendo la comida juntos y hablando de cosas triviales, entre ellas, de algunas de las películas y libros que tiene en las estanterías. Creo que ninguno de los dos estamos listos para abordar ciertos temas.

Después de comer y recoger todo, nos sentamos en el sofá con una manta compartida. Uno al lado del otro, pero apenas rozándonos. Hell aprieta los botones del mando, buscando algo que merezca la pena ver en la televisión.

—Menuda mierda de programación.

—Sí —respondo distraída.

—Oye, ¿te gustan los videojuegos? —pregunta con tono emocionado—. No me lo digas, nunca has jugado —se responde a sí mismo cuando ve mi cara.

Niego con la cabeza y se levanta, dejando a un lado su pedazo de manta. Abre un armario y saca dos cajas, las coloca sobre la mesilla frente a nosotros y las abre. Comienza a poner juegos sobre la mesa, como un chiquillo.

—Pareces emocionado —comento echándome un poco hacia delante.

—Bueno, nunca tengo tiempo para esto. Creo que hace más de cinco meses que no paso un día entero en casa, vagueando y haciendo lo que me apetece. —Sigue rebuscando algo en la caja.

—¿Y eso por qué? —Levanta la mirada hacia mí y suspira.

—Trabajo. —Asiento sin hacer más preguntas y dejo que siga—. ¡Aquí está! —exclama mostrándome una carcasa con una rueda.

—*Underground 2*. —Leo el título—. ¿De coches?

—Claro, ya verás, te encantará. —Lo saca y va hasta la video- consola.

Se sienta a mi lado y me pasa un mando.

—A ver, esto es para moverte. —Señala una especie de bolitas que hay en él—. Y estos son para acelerar, frenar, derrapar y para soltar el nitrógeno —me indica el resto de botones.

—¿Nitrógeno?

—Sí, es para que el coche vaya mucho más deprisa.

—Vale. —Cruzo las piernas sobre el sofá y me preparo—. ¿Qué? —le pregunto cuando veo que me está mirando con una sonrisa.

—Nada. ¿Estás lista?

—Sí. —Su emoción es contagiosa.

—Primero hay que elegir coche.

—¡Quiero ese! —exclamo demasiado alto cuando veo uno azul eléctrico que me encanta.

—Vale. —Ríe a carcajadas por mi arrebato momentáneo—. Para mí este.

Selecciona uno negro y aprieta un botón de su mando y otro del mío, rozando mi piel un segundo.

—¿Vamos? —Se inclina hacia delante, abriendo un poco las piernas para acomodarse.

—Sí.

—¡Ya! ¡Acelera!

Aprieto el botón que me ha dicho antes y el coche comienza a moverse, aunque bastante más atrás que el suyo. En la primera curva me voy contra un muro.

—¡No! —exclamo tratando de recolocar el coche— ¡Joder!

—Venga, dale. —Ríe deteniendo el suyo—. Te dejo ventaja.

—No quiero ventaja, no te detengas.

—Muy bien. —Sonríe y acelera.

Seguimos jugando sin parar dos horas más, la verdad es que consigue que mi mente se despeje por completo durante un rato. Y milagrosamente en la partida número... no sé, le gano.

—¡Sí! ¡Sí! —grito y me subo en el sofá, empezando a dar saltos de alegría—. ¡Te he ganado! ¡Dios, no puedo creer que te haya ganado!

Se levanta y deja los mandos sobre la mesilla, girándose para mirarme. Cruza los brazos y me observa, con una enorme sonrisa en su rostro.

—Bueno, ya era hora. —No dejo de dar saltitos—. Cómo me rompas el sofá, verás. —Ríe conmigo y sujeta mi mano para que baje—. ¿Has visto la hora que es? Vamos a cenar, me muero de hambre.

—Te he ganado —repito como una niña mientras vamos hacia la cocina.

—¿Quieres un premio? —Sonríe y enciende el horno.

—Claro.

—¿Qué te apetece? —Relame sus labios y me observa con detenimiento.

—¿Qué me ofreces? —Abre la boca para decir algo, pero vuelve a cerrarla y sonríe.

—Lo que tú quieras.

—Mmm... Un masaje.

—¿Un... masaje? —pregunta elevando las cejas con sorpresa.

—Sí. Me duele mucho la espalda... Creo que es por los nervios. —Vuelve la timidez.

—Habrá que arreglar eso entonces. —Junta sus dedos y los echa hacia delante, haciéndolos crujir todos y cada uno de ellos—. Mierda —gruñe observando sus nudillos.

—Los tienes fatal, Hell. Deberíamos curarlos, ¿hay botiquín aquí?

—No te preocupes, esto no es nada. Se curará solo, tranquila.

—¿Estás seguro? Parece doler bastante.

—Sé manejar el dolor físico. —Sostiene mi mirada varios segundos en los que permanecemos en silencio, hasta que yo la desvío y asiento, aclarando mi garganta y obligándome a sonreír.

Supongo que hay dolores peores a las heridas físicas.

—Venga, hagamos la cena.

—Vale. —Río al ver el hambre que tiene.

Me apoyo en la nevera sobre mi hombro y observo cómo prepara todo. Saca una bandeja de pollo y pela varias patatas antes de meterlo todo en el horno. Le ofrezco mi ayuda, pero dice que no es necesario, que mire y aprenda para hacérselo yo la próxima vez. No puedo evitar sonreír ante la idea de que él piense que habrá una próxima vez. Lo cierto es que cada vez me siento más a gusto cuando está cerca y es el único momento del día en el que no tengo miedo.

—Así que te ha gustado. —Meto el último pedazo de pan en mi boca y levanto la vista para encontrarme con su sonrisa al ver que me he terminado todo.

—Estaba... —Cierro la boca para masticar y tragar antes de hablar—. Estaba buenísima, gracias —continúo.

—Me alegro. —Recoge los platos y los deja dentro del fregadero—. Bueno, alguien quería un masaje —dice girándose y mirándome.

—Creo que yo. —Me levanto con timidez.

—Eso me habían dicho —continúa, haciéndose el interesado.

—Sí, yo también lo había oído. —Sigo con su juego.

Ríe y me dice que lo mejor será que me tumbe en la cama para estar más a gusto, pero que primero vayamos a lavarnos los dientes. La higiene bucal es muy importante, y la verdad es que es un acto tan simple y cotidiano, que se me hace extraño —pero lo echaba de menos— el ver dos cepillos juntos dentro del mismo vaso.

HELL

—¿Cómo me coloco? —pregunta sin mirarme.

Me hago a un lado, pegando mi espalda a la pared para no invadir su espacio y dejar que pase.

—Tumbate —señalo con la cabeza la cama—, y relájate.

—¿Me tengo que quitar la camiseta?

—No es necesario. —Su asentimiento y la forma en la que parece relajar los hombros, me hace ver que agradece esa respuesta.

Camina por delante de mí y yo espero paciente a que decida cómo colocarse. Sitúa las almohadas para estar más cómoda y después se tumba boca abajo.

—¿Lista?

—Sí —apunta en voz baja.

Me siento junto a ella, a la altura justa para alcanzar su espalda y poder darle un masaje en condiciones. Bueno, lo mejor posible por encima de la ropa. Comprendo que no quiera quitarse la camiseta frente a mí, a pesar de haberla visto prácticamente desnuda, aún debe sentirse muy mal por lo ocurrido. Insegura y sensible. Y más siendo un hombre el que la toca.

—Vaya —digo al apretar sus hombros con las manos—, tienes buenos nudos aquí. Relaja los músculos, Hope.

Sin embargo, en lugar de hacer lo que le pido, se tensa aún más. Encoje los hombros levemente y puedo notar que en realidad no está cómoda con mis manos sobre su cuerpo. Además, no creo que ver cómo me he cargado a dos tipos delante de ella —y con ese salvajismo—, ayude a que se relaje conmigo...

—Katherine... —murmura.

—¿Qué? —Me detengo y ella gira la cabeza para mirarme.

—Es Katherine Hope.

—¿En serio? —No me lo esperaba.

—Sí.

—¿Y por qué me dijiste que te llamabas Hope? —Se incorpora y se da la vuelta para apoyarse en el cabecero de la cama y mirarme. Suspira.

—Supongo que en ese momento necesitaba esperanza... De alguna forma.

—Katherine. —Sonrío mirándola—. Kathy, Kate, Katie. —Me rasco la barbilla pensativo, intentando hacerla reír. Y lo consigo.

—Bobo. —Su rostro se ilumina levemente y me da un toque con el pie—. Puedes llamarme cómo quieras.

—Bien, entonces seguirás siendo Hope.

—Vale. —Se encoge de hombros.

—¿Y el masaje?

—Creo que me relaja más hablar contigo —confiesa con timidez sin mirarme a los ojos—. Además... sé que no vas a hacerme daño, no me malinterpretes, pero no soy capaz de relajarme...

—Lo entiendo perfectamente, no es necesario que me des explicaciones —digo mientras me pongo en pie, comprobando

cómo ahora sí alza la mirada, buscando la mía—. Venga, hazme un sitio y hablemos.

Se mueve apoyando las manos en el colchón y me deja un hueco a su lado, colocando un cojín sobre sus piernas cruzadas. Supongo que en un acto reflejo...

—A ver, ¿de qué te apetece que hablemos?

—No lo sé... Quiero saber más de ti.

—Pregunta —le digo apoyando la espalda en el cabecero de la cama y estirando las piernas.

—¿Eres feliz? —Joder, creo que nadie me había pregunta eso nunca.

—¿Supongo...?

—Eso no se puede suponer, o lo eres o no lo eres, Hell.

—Vale, pues podría serlo más, no voy a mentirte.

—¿Qué necesitas para ser feliz del todo?

—Que mi padre deje ciertos negocios. Que no me pida ayudarle en otros, aunque no puedo hacer nada. La familia es lo primero. —Miro mis dedos cruzándolos sobre mi estómago mientras repito esas palabras que tengo grabadas a fuego en mi mente desde que nací.

—Si tu padre te pidiera que me mataras, ¿lo harías? —Levanto la vista, conectando mis ojos con los suyos.

—Hope. —Sujeto su mano entre las mías—. Eso ya me lo ha pedido y sigues viva, ¿no? —Sonríe y agacha la cabeza.

—Sé que ya te lo he dicho, pero de verdad que siento todos los problemas que te estoy creando. —Retrocede un poco con disimulo.

—No quiero que te preocupes por eso, por favor. Venga, ¿qué más quieres saber?

—Mmm... —Me observa un par de segundos—. ¿Tienes novia? —Sonríe y niego con la cabeza.

—No. Yo no tengo novias, las relaciones no son para mí.

—¿Nunca has tenido una? —Dibuja una mueca incrédula.

—No, nunca.

—¿No te has enamorado?

—No.

—No lo comprendo. —Sus ojos tratan de analizarme, como si le estuviera mintiendo.

—Mi mundo es peligroso. No quiero enamorarme ni tener novia porque entonces mis enemigos tendrían con qué atacarme. Mi chica sería mi punto débil y no puedo permitir eso.

—Pero algún día tendrás que tener novia. Además, el amor no es algo que se pueda controlar... —Desvía la mirada hacia sus manos.

—¿Estás enamorada? —Ahora soy yo el curioso.

—No, pero lo estuve. O al menos creí estarlo, era muy joven, una cría.

—¿Y qué pasó?

—Cuando mis padres desaparecieron, tuve que...

—¿Desaparecieron? —la interrumpo.

—Sí, volvían del trabajo con el coche y nunca llegaron. No se supo nada de ellos y al final les dieron por muertos.

—Y entonces te quedaste con tu abuela —afirmo sin querer indagar mucho más ahora, y ella asiente para continuar.

—Después de eso, tuve que dejar el instituto para buscar un trabajo y cuidar de ella. Intenté seguir con la relación, pero él pasaba de mí y poco a poco se fue enfriando hasta que me dejó.

—¿Y no has vuelto a estar con nadie desde entonces?

—No.

—Bueno, tampoco te pierdes mucho, los hombres somos unos capullos. —Río, provocando una sonrisa por su parte.

—Tú tampoco pierdes nada, las mujeres pueden llegar a ser muy zorras —continúa con mi broma, pero es este caso no se incluye.

—Oh, créeme, lo sé. Que no tenga novia no significa que no las frecuente.

—Lo imagino... —Deja de reír y se remueve incómoda. Genial.

¿Y ahora cómo lo arreglo? Tampoco he dicho nada malo, aun- que supongo que el tema sexo sigue siendo delicado para ella.

—¿Te apetece que echemos otra partida a la Play?

—La verdad es que tengo un poco de sueño, no he dormido muy bien esta noche.

—Vale, descansa entonces —digo levantándome.

—¿Te vas? —El tono alarmante de su voz me recuerda que no quiere estar sola.

—¿Quieres que me quede? —Asiente con vergüenza—. Entonces me quedo. —Sonríó haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza—. ¿Te molesta si pongo la tele?

—No.

Ambos nos levantamos para abrir la cama, retiramos la manta y las sábanas sin dejar de sonreír y ella se tumba en el lado derecho, dejándome el izquierdo para mí. Apoyo la cabeza en la almohada y paso un brazo por detrás después de coger el mando. Hope se acurruca de lado, con el cuerpo hacia mí, soltando una bocanada de aire de forma relajada. Me tapo con la sábana y giro la cabeza en el momento preciso para pillarla mirándome, pero rápidamente cierra los ojos. Sonríó y enciendo la televisión.

—Hell... —habla minutos después.

—Dime. —Bajo el volumen de la televisión y giro la cabeza para mirarla.

—Necesito pedirte algo, pero no quiero que te enfades. Sé que me vas a decir que no, pero por favor...

—¿Qué pasa, Hope? —Me está asustando.

Se incorpora como yo y se sienta mirándome mientras se muerde el labio, no sabe cómo decirlo.

—Antes has dicho que serías mucho más feliz si tu padre no trabajase con el negocio de la prostitución.

—Sí.

—Por favor, no puedo pedirte que acabes con eso, sé que no está en tus manos y que la lealtad a tu familia es muy importante para ti...

—Así es. —Madre mía, ya puedo imaginarme cómo va a continuar esto.

—Quiero que volvamos al Club y dejemos marchar a las chicas. —Lleno mis pulmones de aire y suelto una gran bocanada, levantándome del colchón. Ella me imita y rodea la cama hasta mí—. Oye, sé que puedes hacerlo. Mataste a esos tipos y no te ha pasado nada, eres intocable. Si tú no puedes, entonces nadie podrá y ellas pasarán su vida viviendo con terror. Siendo violadas y tratadas como putas. —Clava su mirada en mí y me obliga a mirarla, sujetando mi rostro entre sus manos. Es la primera vez que ella me toca a mí por elección propia.

—Hope, te puedo asegurar que desearía poder soltar a todas y cada una de las chicas.

—Pues hazlo.

—No puedo.

—Por favor, Riley tiene diecisiete años, Hell. Diecisiete. Y su hermana tiene la espalda llena de cicatrices de los latigazos que sufrió el primer día, tratando de evitar que se llevaran a Riley.

—Formo una línea con los labios, cierro los ojos y siento unas terribles ganas de vomitar.

—No puedo liberar a todas, Hope. Lo que me estás pidiendo es una locura, es imposible.

—Pues libéralas a ellas. —Sus ojos me torturan de verdad—. Por favor, solo a ellas.

—Joder, Hope. —Niego con la cabeza y me revuelvo el pelo, sentándome en el borde de la cama.

¿Por qué cojones no puedo decirle que no y punto? Debería marcharme ahora mismo y dejarla aquí, dejar que se vaya y que el destino elija su futuro por mí.

—Te lo suplico —dice arrodillándose frente a mí. Apoya la barbilla en mis rodillas y toma mis manos entre las suyas.

—No sabes lo que me estás pidiendo. No tienes ni idea. —Niego con la cabeza, pero en el fondo sé que la decisión está tomada.

Ella no dice nada, solo espera expectante a que yo hable. Hago que se levante y le pido que me espere en el dormitorio. Cojo mi móvil de la mesilla y voy hasta el salón, me siento en el sofá y juego con el teléfono entre mis manos, haciéndolo girar mientras pienso en las consecuencias de lo que estoy a punto de hacer.

—Lo siento —digo en voz alta, imaginando que mi padre puede escucharme.

Desbloqueo el móvil y llamo a Dave, si alguien puede hacer esto, es él.

—¿Qué pasa, tío? ¿Dónde andas?

—Escúchame atentamente y no hagas preguntas.

—Claro.

—Necesito que hagas algo por mí, llama a Elliot y a Calvin si crees que les necesitas, pero no hables de esto con nadie jamás.

—Dime lo que quieres que haga.

No puedo creerme que vaya a involucrar a mis amigos en esto, pero tienen que ser ellos. Yo no puedo acercarme por allí,

todo el mundo me conoce y podría verme cualquiera, y no me fío de nadie más.

—Dentro de dos horas el hermano de Jax irá al apartamento de las chicas nuevas para llevarlas al Nightmare.

—Pero no las encontrará allí, ¿verdad? —Guardo silencio, Dave es como la otra parte de mi cerebro—. No te preocupes, esas chicas estarán en la calle antes de que ese cabrón aparezca.

—Cubrid vuestra cara y ojos, que no puedan identificaros a través de las cámaras. Habrá dos seguratas, uno en el portal y otro dentro, patrullando las escaleras. Llevad silenciador y una furgoneta, meted a las chicas en ella y llevadlas hasta el puerto. Compradles un billete de barco a cada una y que desaparezcan de la ciudad esta misma noche.

—Entendido. ¿Algo más?

—Cuando todas estén subidas al barco, abandonad la furgoneta y coged el metro. Cambiad de ropa. Aseguraos de que nadie os sigue y por Dios, que no os peguen un tiro.

—Está hecho. Te llamo cuando acabemos.

—Dave, gracias.

—Cállate. Luego hablamos. —Cuelga sin más.

Hay hermanos que se tienen y otros que se eligen. Dave, Calvin y Elliot son mis hermanos por elección.

Paso por la cocina para sacar una botella de agua de la nevera y regreso al dormitorio. Hope sigue en el mismo sitio que la dejé, con los ojos vidriosos y un tic en la pierna, ansiosa.

—Ya está.

—Ya está, ¿el qué? —pregunta dando un paso hacia mí, esperanzada.

—Todas las chicas nuevas estarán subidas en un barco dentro de una hora.

Se lleva las manos a los labios y, a pesar de no ver su boca, sus ojos muestran una enorme sonrisa debajo de ellas. Lágrimas brotan de ellos y entonces, cuando me acerco hasta ella, da un salto y se cuelga de mi cuello, abrazándome con más fuerza de la que parece poseer.

—Gracias, gracias, gracias. Muchísimas gracias, Hell.

—Solo he hecho lo que tenía que hacer. Desearía poder hacer lo mismo con todas —digo con tristeza cuando me suelta.

—Llevas el nombre del infierno, pero eres un ángel. —Me habla con total seriedad y absoluto convencimiento.

—Ojalá hubiera hecho esto antes de que... —No termino la frase, solo puedo mirar la herida de su labio y el hematoma de su mejilla.

Hope niega con la cabeza y coloca la mano en mi boca, no queriendo tampoco que termine de hablar. Me mira un par de segundos más y se da la vuelta para volver a la cama, yo la sigo.

HOPE

Nunca hubiera imaginado que mis suplicas fuesen a funcionar, pero en el fondo tenía la esperanza de que el Hell que había conocido en las últimas horas no fuese un sueño. Que su alma fuese tan buena como yo quería pensar.

Y lo es.

Sin embargo, lo que me sucedió a mí no se borra. Nunca se borrará, y eso no es algo que podamos cambiar, ni él ni yo. No sé cómo lo ha hecho, quién se va a encargar de liberar a las chicas, pero que lo haya conseguido con un teléfono móvil no hace más que reafirmar mi pensamiento de que es intocable. De que Hell Ivankov es el hombre más poderoso que jamás he conocido.

Ambos nos encontramos tumbados en la cama, pero sin saber qué decir. El hecho de que haya liberado a las chicas, ha abierto la herida de «conmigo no lo hizo», así que bueno, el ambiente no está como para decir nada más ahora mismo. No hablamos hasta que pasado un rato alguien le llama por teléfono y le dice que ya está, que las chicas están libres y rumbo a Londres en un barco. Vuelvo a darle las gracias y me acurruco a su lado, respirando tranquila y feliz por saber que la pequeña Riley no tendrá que pasar por esa pesadilla ni una noche más.

Cuando me despierto para ir al baño, veo que Hell se ha quedado dormido a mi lado. Tiene la cabeza apoyada ligeramente en la madera, aunque el cuello debe dolerle horrores en esa posición.

Me levanto sin hacer ruido, y tratando de moverme lo menos posible, rodeo la cama para ponerme de pie a su lado. Le quito de la mano el mando de la televisión y la apago antes de dejarlo sobre la mesilla de noche.

Cuando regreso, sigue en la misma posición. Miro el reloj de su móvil y veo que son las once de la noche y tiene ocho llamadas perdidas de «V», cuatro de «Nate» y una de «Sas». ¿Debería despertarle? Me lo planteo durante varios segundos mientras le miro, pero después, cuando escucho su respiración acompasada y veo su rostro relajado, decido que no. A saber el tiempo que hace que no duerme una noche entera del tirón.

Vuelvo a mi lado para tumbarme en la cama, dándole la espalda y colocándome en la esquina. Hell se remueve y yo me detengo de inmediato para que no se despierte. De pronto, su brazo rodea mi cintura y su cuerpo se pega a mi espalda, dejo incluso de respirar para que no sienta mi movimiento. ¿Qué hago?

HELL

¿Dónde estoy? Levanto la cabeza y veo una cabellera larga tumbada a mi lado, entre mis brazos. Inmediatamente los retiro y me aparto de ella, maldita sea, espero que no se haya sentido incómoda por haberla abrazado. ¿¡En qué puto momento la he abrazado!?

Me giro para coger mi teléfono y me cago en la puta cuando veo las notificaciones: 10 llamadas perdidas de V, 7 llamadas perdidas de Nate, 1 llamada perdida de Sas, 17 mensajes de WhatsApp en «Familia» y 65 mensajes de WhatsApp en «3 capullos y yo».

Vuelvo a dejar el teléfono sobre la mesilla y me tumbo de nuevo, miro al techo, pensando... ¿Qué le voy a decir a todos? ¿Dónde he estado metido para no responderles?

Pues follando con Babi.

Esa es buena, pero entonces tengo que irme ya, son las dos de la madrugada y nunca me quedo a dormir con ella.

No quiero despertar a Hope, así que me levanto despacio y me pongo las zapatillas deportivas moviéndome lo menos posible.

—Hell... —murmura. Me giro para mirarla, pero veo que está soñando—. Hell, ayúdame... —Se remueve y su respiración se vuelve agitada.

—Ey. —Me siento a su lado en la cama y toco su brazo.

—No... ¡No! —Se despierta sobresaltada, abre los ojos y se asusta un momento al verme tan cerca, pero en seguida se abalanza a mis brazos.

—Ya está. Shh, era una pesadilla. —Acaricio su cabeza con cuidado, mientras la abrazo—. Estás bien.

Continúa llorando varios minutos más, clavando los dedos en mi piel, por encima de la camiseta. Asustada y sin dejar de temblar, cosa que me parte el corazón por no poder hacer más para evitarle ese sufrimiento.

—Tranquilízate, respira. —No la suelto ni me muevo—. Así, despacio. Muy bien. —La aparto un poco para poder mirarla a los ojos—. Estás bien, estás conmigo. No voy a dejar que te pase nada.

Asiente y cierra los ojos, haciendo que varias lágrimas más se deslicen por sus mejillas, las limpio y vuelvo a abrazarla. ¿Cómo voy a irme ahora? Es imposible que la deje así.

—¿Dónde ibas? —pregunta un par de minutos después—
¿Te marchas?

—Me marchaba, ya no. Túmbate, iré a por un poco de agua. —Me mira angustiada cuando ve que salgo de la habitación—. Tan solo voy a la cocina. —Asiente y seca el sudor de su frente.

Saco un vaso del armario y desbloqueo mi móvil para escribir a mi hermano, se estará preguntando dónde diablos ando metido.

Yo

Nate, necesito que me cubras con V.

2:14am

Sas

¿Dónde coño estás?

2:14am

Nate

Vale. ¿Qué le digo?

2:14am

Yo

Que me he quedado con Babi.

2:14am

Nate

¿Todo el día? No se lo va a tragar. Y sin responderle el teléfono ni nada.

2:14am

Yo

Dile que lo he perdido y te he hablado desde el de ella.

2:15am

Nate

Vale.

2:15am

Sas

¿Queréis dejar de ignorarme?

2:15am

Yo

Estoy bien, mañana voy a casa.

2:15am

Sas

Que me digas dónde estás.

2:15am

Yo

Mañana te cuento todo, Sas, no te pongas pesada.

2:15am

Sas

Que os jodan a los dos.

2:15am

Yo

Mañana nos vemos.

2:15am

Nate

Vale.

2:15am

Cojo el agua y vuelvo a la habitación. Hope todavía tiembla y se abraza a sí misma, recuperando un poco el color en el rostro cuando me ve. Voy hasta la cama y me siento frente a ella, le entrego el vaso y me lo devuelve después de dar un trago largo.

—¿Mejor?

—Un poco. —Su voz sigue siendo un tanto irregular.

—¿Quieres contarme lo que estabas soñando? —Niega con la cabeza y agacha la mirada—. Vale, pues tumbate y vamos a dormir. No voy a ir a ninguna parte.

Se desliza entre las sábanas, mirando hacia mí y con los ojos abiertos. Me tumbo también y la observo, sin hablar ni retirar la vista el uno del otro durante unos eternos segundos. Solo mirándonos. Poco a poco los va cerrando, sintiendo la pesadez en ellos. Cuando lo hace por completo, me coloco boca arriba y vuelvo a observar el techo. ¿Qué mierdas me está pasando con esta chica? Apenas la conozco de hace tres días y me siento incapaz de hacer nada que la incomode. Me siento incapaz de alejarme o de dejarla sola.

—Hell —susurra.

—Dime, pequeña. —La miro.

—¿Estarás aquí cuando despierte?

—Sí.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—¿Me abrazas?

—Claro, ven aquí.

Su petición me sorprende, pero supongo que de alguna forma necesita sentirse protegida, necesita la cercanía de alguien con quien se sienta segura.

Dejo que se acerque, paso el brazo por detrás de su cuello y ella coloca la cabeza en el hueco de mi hombro, provocando que su respiración me haga cosquillas en la piel. Acaricio su pelo con la mano libre, y sin darme cuenta, me encuentro dándole un beso en la frente.

Me despierto a la mañana siguiente cuando el sol llega hasta mis ojos, cegándome al abrirlos. Hope sigue entre mis brazos, con una mano sobre mi vientre, y mi erección matutina es más grande que de costumbre. Teniendo en cuenta que hace semana y media que no tengo sexo, no podría ser de otra forma, y tener a esta chica en mi cama, tocándome y sabiendo que no puedo hacer nada con ella, es aún peor.

—Buenos días —digo cuando veo que abre los ojos.

—Buenos días. —Se separa de mí avergonzada, tumbándose boca arriba.

—¿Has dormido?

—Sí, gracias por quedarte.

—De nada. ¿Quieres desayunar? Preparo unas tortitas de muerte. —Sonrío antes de levantarme.

—Claro, aunque creo que primero deberías ir al baño. —Sigo su mirada y veo que está observando lo que más destaca en mi cuerpo ahora mismo.

—Lo siento. —Espero que no piense que ella lo ha provocado. Que no es que no me atraiga, pero no ha sido por ella. O sea, sí, pero no.

—Tranquilo. —Su sonrisa me tranquiliza, aunque puedo notar que la incomodidad que siente es evidente—. Iré preparando la mesa.

—Vale.

HOPE

No puedo evitar fijarme en el enorme bulto bajo sus pantalones. ¿Está así por mí? Bueno, supongo que para alguien tan activo sexualmente como él no debe ser fácil dormir con una

chica sin hacer nada. ¿Por qué me imagino que tiene sexo a menudo? Bueno, no hay más que verle... Hell es un hombre atractivo, tiene una sonrisa increíble y unos ojos que parece que observan mi alma cada vez que me miran, sus labios son gruesos sin llegar a la exageración, y en fin, no creo que haga falta mencionar el cuerpo que tiene. Se nota que practica deporte a menudo y que es importante para él. Imagino que es genético, su hermano es muy guapo y su padre no es un hombre feo, por mucho que lo sea por dentro. Los genes rusos deben ser interesantes.

—Bueno, entonces vas a probar mis deliciosas tortitas del infierno —comenta entrando en la cocina.

—¿Del infierno?

—Claro, son de Hell, así que son del infierno. —Ambos reímos—. Perdona el chiste fácil, tenía que hacerlo.

Río y voy pasándole las cosas que me pide para el desayuno. Huevos, harina... Le entrego todos los ingredientes, entre comentarios absurdos y sin importancia. Como si lleváramos toda la vida haciendo el desayuno juntos. Como si fuera lo más natural.

Minutos después, los dos nos sentamos para probar las tortitas que ha preparado.

—¿Y bien? —pregunta cuando doy el primer bocado.

—Están malísimas. —Finjo una cara de asco. Se pone serio y mira su plato y después a mí—. Están tan malas que no deberías comértelas. Ya me las como yo. —Sonrío y él relaja la expresión, imitándome.

—No te lo crees ni tú. —Ríe metiéndose media tortita de golpe en la boca.

—Que bruto eres.

—Así están más malas todavía.

—Oye... —Juego con el tenedor, haciendo dibujitos con el sirope restante que hay en el plato. De reojo veo cómo Hell mastica mientras me mira—. Quiero volver a darte las gracias por lo que hiciste anoche —comento con sinceridad. Él niega con la cabeza y alarga la mano para dar un sorbo al zumo de naranja que hemos exprimido—. No, déjame acabar. No tenías por qué hacerlo, pero aun así lo hiciste, así que te doy las gracias en su nombre. Me encantaría que ellas pudieran saber que están libres gracias a ti, tenían un concepto bastante malo sobre... tu persona, pero se equivocaban.

—Hope...

—No lo hagas —le interrumpo. Él frunce el ceño—. Las cosas sucedieron así y ya está, ¿vale? Deja de culparte, siento haber dicho que todo esto me pasó por tu culpa. —Suspiro—. Sé que tu situación no es sencilla.

—Lo siento. —Toma mi mano por encima de la mesa y me mira a los ojos—. De verdad —insiste y yo asiento sin hablar porque un nudo nace en mi garganta, son demasiadas emociones y sentimientos diferentes.

Cuando terminamos de desayunar y de recoger todo, vamos al salón y nos sentamos en el sofá para ver la televisión. Él se mueve todo el tiempo, mirando su teléfono cada pocos segundos, sé que quiere marcharse, pero no sabe cómo decírmelo. Además, la liberación de anoche de las chicas ha debido de causar un gran revuelo, seguro que se verá envuelto en problemas.

—Hell, puedes irte si quieres —le digo.

—No quiero, Hope, pero tengo que hacer algunas cosas y ayer estuve todo el día fuera... Tengo responsabilidades que no puedo dejar.

—Lo sé, no te preocupes. —Se gira en el sofá y me mira.

—Eres preciosa y muy fuerte —dice de repente acariciando mi rostro, sé que me he sonrojado porque lo siento en las mejillas. Aparto la vista, con vergüenza—. Te prometo volver en cuanto pueda, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Escríbeme si necesitas cualquier cosa, pero no me llames a no ser que sea muy importante.

—Entendido.

Coloca una mano en mis mejillas y se aproxima despacio, sonrío y gira mi rostro para darme un beso en la mejilla. Una pequeña punzada agita mi interior. ¿Es decepción? ¿Esperaba que me besara en los labios? ¿Quería que lo hiciera? No, no puede ser, creo que Hell no es hombre para mí, su mundo no es para mí.

Es imposible.

Los días pasan despacio desde que Hell me trajo a esta casa en Brooklyn. Lo cierto es que es la más bonita que he tenido en mi vida, pero eso no ayuda a que las horas no pasen más lentas que nunca. Por el calendario que hay en la cocina y en el cual voy tachando los días, hoy es veintidós de octubre, así que han pasado cinco días desde que todo sucedió. Desde que... Bueno, desde que mi vida dio un giro de 360 grados. Hell ha estado visitándome con regularidad, trayéndome ropa y víveres, haciéndome compañía, pero siempre con esa sombra en los ojos que me hace ver que cada minuto que pasa aquí, se hace más peligroso para ambos.

Después de que se vaya la tarde del quinto día, tras darme una ducha y ponerme algo de ropa que me ha traído de su hermana, vuelvo al salón. No me apetece ver una película así que me levanto para buscar un libro, pero entonces me tropiezo con el cable de la videoconsola y no puedo evitar sonreír.

—¿Por qué no? —digo para mí misma.

Apenas llevo cinco minutos cuando escucho voces muy cerca de la puerta. Todos mis músculos se tensan y mi cuerpo se pone alerta. El timbre suena, mierda. Me levanto sin hacer ruido y me acerco a la mirilla, pero cuando me pongo de puntillas para fijarme, un golpe seco hace que la madera se estremezca.

—¡Sabemos que estás ahí!

Sin pensarlo dos veces, corro hacia la habitación y me escondo dentro, colocando la silla tras la puerta, tal y como Hell me indicó la última vez. Hell, tengo que llamarle. Mi móvil, ¿dónde está mi móvil? Mierda, en el salón. ¡Joder!

Suena un ruido enorme en el salón y pisadas por el pasillo. Mi pecho sube y baja agitado, miro a mi alrededor, pero no hay otra salida. La ventana, podría probar por ahí. Cruzo el dormitorio a toda velocidad y subo el cristal en el mismo momento en el que la silla sale disparada. Ya está, me van a matar.